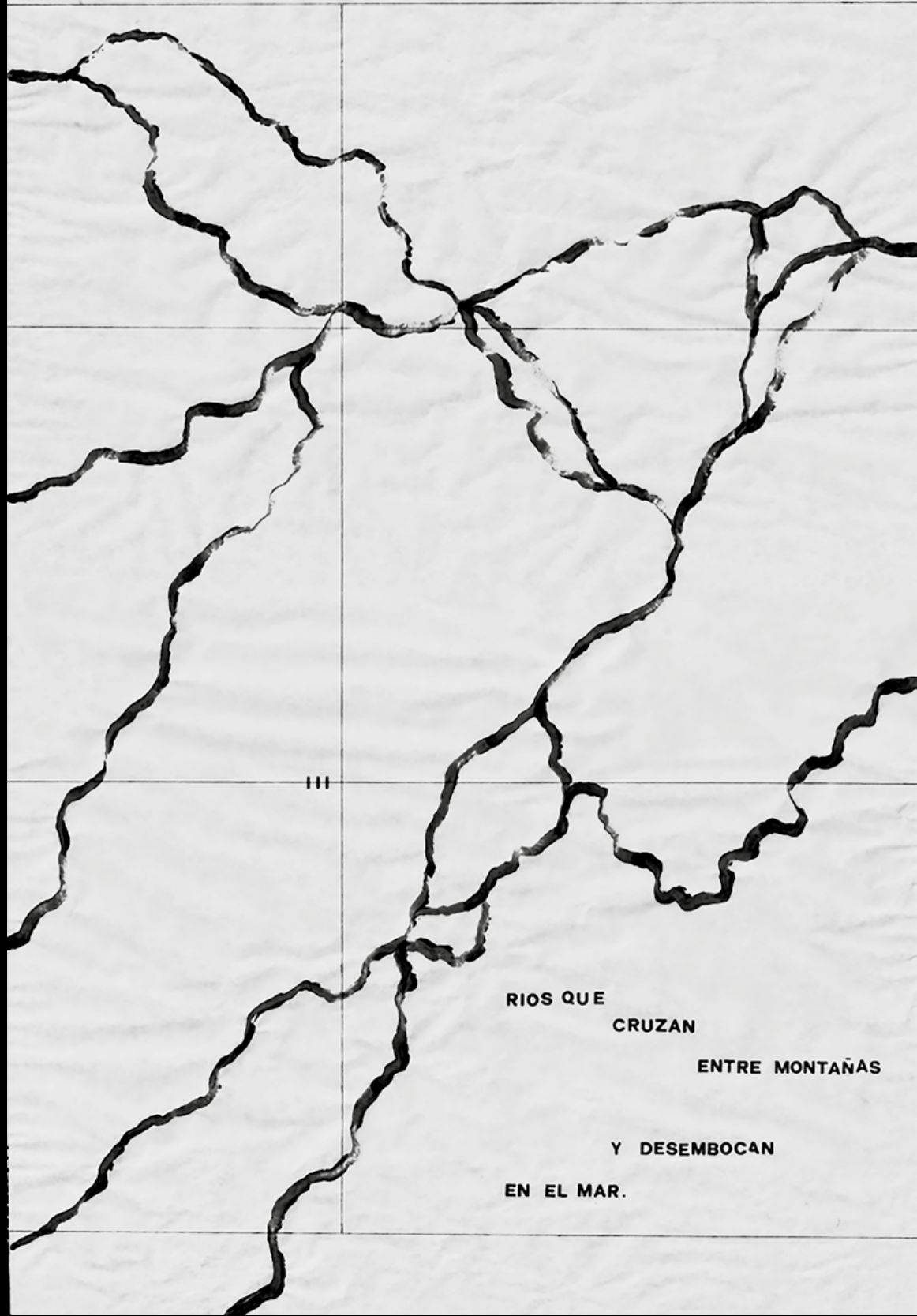


48

» Artista visual invitada: Valentina Améstica



RIOS QUE
CRUZAN
ENTRE MONTAÑAS
Y DESEMBOLCAN
EN EL MAR.

grifo

INTRUSOS

DIRECTORES

Sebastián Duarte Rojas
y Celinda Tapia Solar

AYUDANTE

Millarai Sazo Salazar

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO EDITORIAL

Perla Arrué Cornejo y Sara Silva Garrido

ARTISTA VISUAL INVITADA

Valentina Améstica

IMAGEN DE PORTADA

Parte de la exposición *Relatos pasajeros*
(2020-2024)

COLABORADORES

Margaret Carter, Rafael Gumucio,
Miguel Hernández Zambrano y
Josefa Vecchiola Gallego

COMITÉ DE EDICIÓN

Violeta Alarcón Guzmán, Amelia Gutiérrez
Astudillo, Josefa Miquel, Gonzalo Salas y
Dania Santelices

COMITÉ MULTIMEDIA

Micael Álvarez, Omilen Carabantes,
Camila Pérez y Sofía Riveros

COMITÉ DE PRODUCCIÓN

Genesis Córdova, Fernanda Farias,
Benjamín Irribarra Palet, Lucas Morales
Rudzajs, Ian Osorio y Nina Zúñiga

PÓDCAST *LA GOTERA*

Cristian Álvarez Rojas, Valeria Folli
Valenzuela, Luna Alejandra Soto,
Camila González Robledo,
Gonzalo Vilches Suazo y Florencia Zapkovic

Sigue nuestras redes
sociales y revisa
nuestro contenido
↓

INSTAGRAM
@revista_grifo

FACEBOOK
@revistagrifo.lit

X (TWITTER)
@GrifoRevista

TIKTOK
@revista_grifo

YOUTUBE
Revista Grifo

grifo

ISSN: 0718-4786
Esta publicación es producto del trabajo
realizado en el curso **Taller de Revistas**

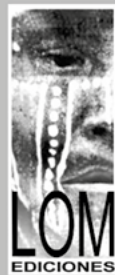
Escuela de Literatura Creativa,
Facultad de Comunicación y Letras,
Universidad Diego Portales



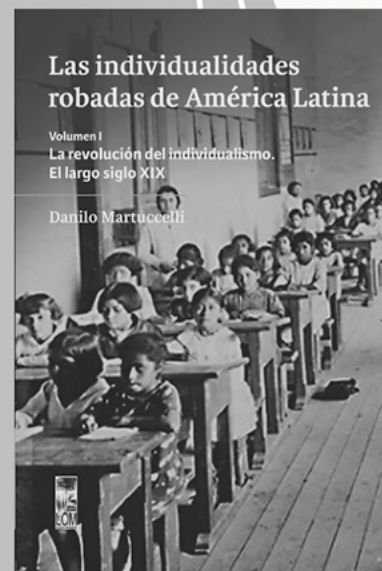
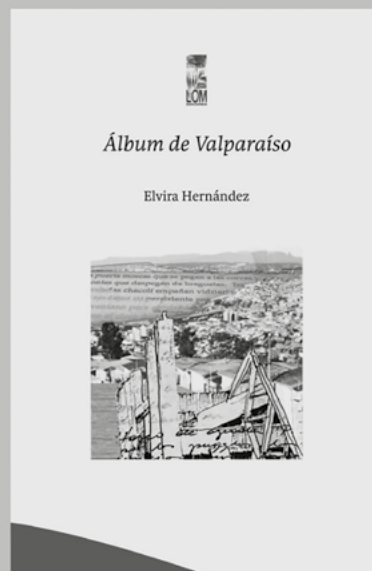
↑
www.revistagrifo.udp.cl


ÍNDICE

P. 5	Intrusos
P. 6	Un punto ciego del lenguaje. Nombrar la experiencia migratoria por Miguel Hernández Zambrano
P. 8	La niña de los perros por Valeria Folli Valenzuela
P. 12	Tres viajes imposibles por Rafael Gumucio
P. 16	Sobre las ideas performáticas en las que me gasto el tiempo por Josefa Miquel
P. 20	Foránea o Ni de allí, ni de allá por Amelia Eliana Beatriz
P. 23	Sobre la artista visual invitada: Valentina Améstica
P. 24	Niebla: Tres poemas por Margaret Carter, traducción de Nina Zúñiga
P. 29	Rosa fugaz por Micael Álvarez
P. 30	María Carolina Geel y la femenina urdimbre literaria por Josefa Vecchiola Gallego
P. 33	Crítica de libros
P. 34	<i>En la noche de filtraciones nadie dijo que amamos</i> , de Mauro Lucero por Josefa Miquel
P. 35	<i>Variaciones de un día</i> , de José Kozer y Enrique Winter por Valeria Folli Valenzuela
P. 36	<i>Baumgartner</i> , de Paul Auster por Violeta Alarcón Guzmán
P. 37	Concurso literario
P. 38	Ausencia consagrada por Ignacio Kalau von Hofe
P. 40	Naturaleza muerta por Daniela Contreras
P. 41	El peso de la libertad por Catalina Cofré



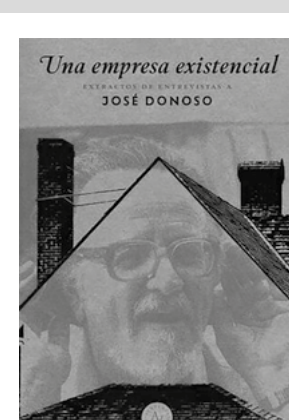
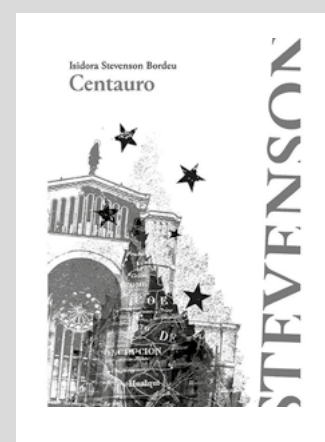
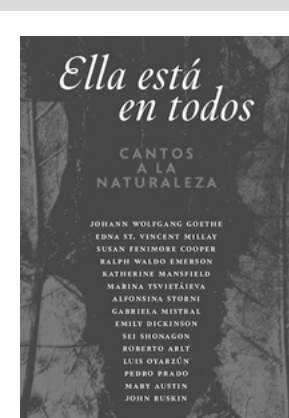
Disponibles en www.lom.cl y en todas las librerías del país



 @lom_ediciones



VISÍTANOS EN INSTAGRAM
@ALQUIMIAEDICIONES



INTRUSOS

161

“El ser humano siempre se ha movilizado”. Eso nos han dicho, eso nos decimos a nosotros mismos. Se mueven las personas, se mueven los planetas, se mueven las ideas. Pero ¿entendemos la intrusión, la extranjería, la migración?, ¿recordamos hoy lo que ha pasado siempre? Más aún, ¿sabemos de ese ir y venir en la literatura? ¿En la política, en nuestras propias vidas?

En este número de revista *Grifo*, decidimos intrusar en las excursiones, viajes y peregrinaciones como fenómenos multifacéticos, que influyen de manera significativa en la experiencia literaria. Aquí dialogamos sobre el tema desde diversas perspectivas y géneros, sin descartar la posibilidad de confrontar opiniones que nos permitan analizar el desplazamiento como un evento de carácter político, literario y social. Sin embargo, también nos interesa su carácter indefinible. Por eso también hablamos de su efecto en la introspección, de cómo reaccionamos al ajetreo que se ha vuelto tan propio del mundo moderno. De las culpas, las intuiciones, los secretos y puntos de vista. Del debate en el que vivimos, pero también del que decidimos sustraernos.

Con esta entrega, buscamos visibilizar el desplazamiento contemporáneo, esta movilidad cotidiana de la que todos formamos parte, ya que es propia de la raza humana y de nuestra realidad en constante transformación.

Un punto ciego del lenguaje

Nombrar la experiencia migratoria

por Miguel Hernández Zambrano

Las pocas veces que he intentado abordar la experiencia de la migración, me encontré con la dificultad de pasarla a un discurso coherente que diera cuenta de lo vivido. Dicha experiencia se ha mostrado desde hace años como un punto ciego para el lenguaje, para mis palabras. Es esta dificultad lo que me interesa pensar: ¿qué es esto que se muestra como indecible?, ¿qué es esto que resiste su entrada en el lenguaje?

“Lo indecible [...] no es más que una presuposición del lenguaje”, escribe Agamben¹. La presuposición es lo que entendemos como ya dado, como algo que está siempre ahí y que hace posible la significación y, en este caso, pensar la experiencia. Entonces, si para intentar pensar una experiencia he de partir de este presupuesto, quiere decir que aparece —al menos en un primer momento— como impensable, como condición del pensamiento mismo.

Ahora bien, no estoy seguro de poder afirmar que mi experiencia migratoria se haya convertido en una “condición del pensamiento mismo”, en el fundamento de la significación (no se puede extraer tal consecuencia). Quizás, aun cuando pareciera como algo indecible, su presuposición no es absoluta, no es realmente eso que está siempre ahí. Por tanto, se hace necesario buscar el motivo de esta indecibilidad en otro lugar, pero sin perder de vista lo dicho hasta ahora.

Hay por lo menos dos maneras de ver lo que pasa: la migración, en tanto vivencia que marca la historia personal,

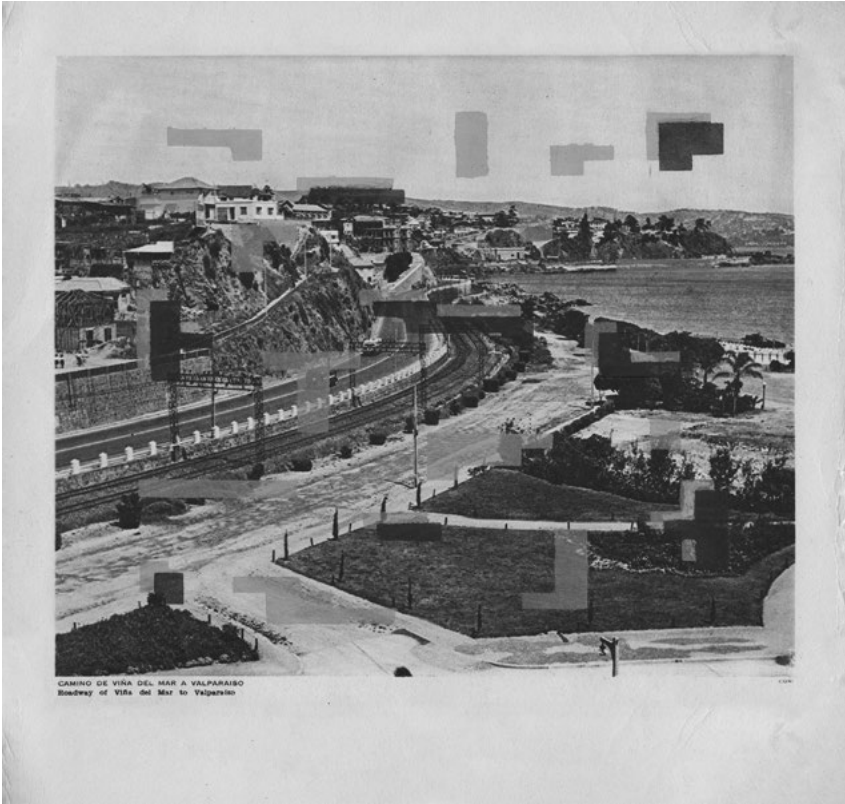
requiere ser contada, requiere de un discurso que ayude a ordenar y a darle un sentido a la historia²; de lo contrario, ¿de qué vale lo que hicimos antes?, ¿adónde se dirigen las acciones de hoy?

Por otro lado, está la omisión de lo vivido, como si no hubiera pasado, como si no fuera parte de la historia personal, y aparece solo ante la pregunta de alguien más³. Es aquí cuando la experiencia de la migración se presenta como indecible.

Pero ¿por qué guardar silencio y desviar la mirada ante la propia experiencia?, ¿qué se protege o esconde con esta omisión?

Por una parte, la entrada en un marco de representaciones queda suspendida al no haber una narrativa que administre la experiencia y la inserte en el mismo. Por otra, se mantiene la ficción de una historia continua —apenas sostenible— en la que pareciera no haber existido ninguna alteración.

En este contexto, podemos preguntarnos por la ficción específica que empuja al fondo y posterga el relato de la experiencia (por ejemplo, una que habla en presente de privilegios y de un bienestar pasados). Sin embargo, lo que importa realmente es que esta ficción específica intenta cubrir (y amortiguar) el dolor de una herida y, al posponer su entrada en el lenguaje, la vivencia queda como un punto ciego, como una luz cuyo brillo no deja mirar de frente el lugar de donde



←
Parte de la exposición *Chile* (2020).

surge y que permite acercarse, en última instancia, solo de manera oblicua, siempre indirectamente (con una metáfora, una sinécdoque, una metonimia).

Tenemos, entonces, una experiencia difícil de poner en palabras (indecible). Esta omisión hace que la experiencia no se integre como tal a la historia personal, lo que conlleva mantener una ficción en la que el hecho de haber migrado no aparece como vivencia y, por ende, no se asume la propia historia en toda su complejidad. Sin embargo, no se trata de un soslayo del todo consciente; recordemos que con esto también se atenúa el dolor. Es por eso que lo vivido se manifiesta, por lo general, de manera opaca, en forma de alguna figura del lenguaje. Por supuesto, no es casual que sean los recursos del discurso poético los que ofrezcan la posibilidad de acercarse al tema, pues así como el poema intenta vislumbrar el origen enceguedor del lenguaje mismo para nombrarlo (verdadero indecible), de igual forma la persona que migra busca dar cuenta de su experiencia, que se mostraba hasta ahora como un punto ciego de sus palabras. Así, una vez nombrada la experiencia migratoria, dejará de ser eso que está siempre ahí como presupuesto y se abrirá el espacio para pensarla; desplegarla en el lenguaje y aliviar en alguna medida su malestar.

Notas

- 1
Agamben, Giorgio. (2017). *¿Qué es la filosofía?* Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, p. 59.
- 2
En Chile, Arianna de Sousa-García hizo este ejercicio recientemente en *Atrás queda la tierra* (Seix Barral, 2024).
- 3
El presente texto es eso justamente: un intento por responder a un requerimiento que llega desde afuera.

La niña de los perros

Eran las ocho de la mañana, comenzaban las clases y yo cruzaba la puerta principal del colegio. Fui a ver qué sucedía. Cuando escuché su nombre en boca de todos, la sangre empezó a hervir en mi cuerpo. Estaba furioso, jamás la habían tratado bien desde que llegó.

Un gran número de alumnos rodeaba la escena, los profesores trataban de alejar a los curiosos y el director llamaba a Carabineros.

Nadie lloraba, nadie reía, nadie se lamentaba, nadie sufría, nadie nada.

Solo observaban asombrados la situación. Se podían oír diversos comentarios: “Sabía que algo estaba mal con ella”; “Me daba mala espina”; “Parecía una puta con la falda tan corta”; “Por lo menos ahora no estarán mirándola a cada rato”; “Le pasó por weona”; “Ese tipo de persona siempre termina así”; “Qué bueno que ya no estará”.

Esforzándome, me abrí paso entre la multitud hasta llegar al frente, pero cuando lo logré solo me quedé inmóvil. Cualquier presente habría pensado, a primera vista, que se trataba de un maniquí, pero la sangre revelaba su verdadera naturaleza. Mi cabeza intentaba digerir cada detalle exhibido en el piso. Casi vomito en el mismo lugar, pero apreté mi estómago y contuve la respiración para evitar dejar un desastre. El rostro era una hoja en blanco y en la parte superior se leía: “Es mío”. Era el cuerpo de ella, lo habían sacado de una bolsa de basura que estaba en el contenedor tras el colegio.

La primera vez que Liz apareció en el Colegio República de Siria, llevaba una jardinera de mezclilla sobre una blusa amarilla y zapatillas Converse blancas. Venía de intercambio desde Reino Unido, por un programa especial que el Ministerio de Educación realizaba en conjunto con el de Relaciones Exteriores. Tenía dieciséis años, era esbelta, de tez semejante a las nubes, con cabello anaranjado que adornaba su rostro, destacando las pecas sobre su nariz y mejillas. Ella era todo un centro de atención entre los alumnos. Liz era solitaria y al parecer no congeniaba con nadie más que conmigo. Pasaba su tiempo libre jugando con dos perros del recinto. Don Jorge, como le decíamos todos, era el conserje del colegio ñuñoíno y vivía en la casucha detrás del colegio, que estaba cercada con alambre de púas y donde no había más que unos árboles

por Valeria Folli Valenzuela

camino a secarse junto a los tarros de basura general.

Liz llegaba todos los días en la mañana y, antes de entrar a la sala de clases, pasaba a saludar al conserje y a los perros que vivían junto a él, Lila y Cholo; les daba de comer, les hacía cariño y después volvía a la sala.

La primera vez que hablamos fue en clase de Educación Física. Nadie quería hacer equipo con ella para elongar, así que solamente me acerqué y le pregunté:

—Hi, do you speak Spanish?

—Hi, solo... poco.

—Tú y yo, ¿equipo?

—Yes —dijo, sonriéndome con una curva en sus labios de oreja a oreja.

Sin conocerme, solo aceptó. Pensé que sería más difícil entablar conversación con ella. Después de ese día, poco a poco nos hicimos amigos muy cercanos. Le ayudé a practicar el español para que pudiera comunicarse mejor con todos y ella me enseñó inglés, mis notas en esa asignatura mejoraron. Le agradezco enormemente por eso. Aunque su español mejoró, yo era el único que le hablaba. Siempre me pareció extraño, muchos murmuraban que entre ella y don Jorge pasaba algo más allá; intenté averiguar qué era, pero solo vi una amistad de compasión entre ellos, como una mutua compañía entre dos personas solitarias. ¡Eran puras mentiras! Solo les gustaba inventar estupideces.

Nuestra amistad se hizo más fuerte, a tal punto que terminé enamorándome de ella. Amaba su sonrisa que podía iluminar hasta el rincón más oscuro. Su forma de caminar era una hermosa danza delicada, igual que sus gestos al comer algo delicioso, y sus ojos de un color caramelo brillaban cada vez que me veía. ¡Esos ojos me carcomían por dentro!

No me di cuenta cuando estos sentimientos brotaron, solo pasó. La buscaba con la mirada, le trataba siempre de sacar una sonrisa y ver sus ojos brillar de alegría. Un día comencé a dejarle notas entre sus cosas con frases románticas: “Mi lugar favorito en el mundo es a tu lado” o “No importa el lugar, tú lo haces especial”. Era todo un romántico a mi pa-

recer. Salíamos cada fin de semana a ver la última película de terror en CineHoyts. Salió tiritando de miedo con *El conjuro*. Luego tomábamos café en algún lugar de Providencia y pasábamos por el parque Inés de Suárez. Una vez subimos a pie el cerro San Cristóbal, recuerdo que quedamos exhaustos. Otro día fuimos al cerro Santa Lucía, la caminata fue más liviana.

Me sentía en las nubes; sabía que ella también sentía algo por mí, se le notaba a kilómetros. Muchas veces nos abrazábamos y nuestros rostros quedaban muy cerca uno del otro. Podíamos pasar horas sentados conversando juntos. Lo que sí me parecía raro es que, cada vez que salíamos o estábamos en el colegio, siempre sentía que alguien nos observaba, jamás estuve del todo tranquilo, sentía una corriente de aire por mi espalda y cuando me daba vuelta a ver qué era, esta desaparecía. Y aunque nunca pasamos de esa línea de amistad, de un momento a otro empezó a actuar de manera extraña, tanto su actitud como su semblante cambiaron. Su mirada se veía apagada, ya no sonreía tan seguido, apenas tenía energía y a veces se saltaba bloques de clase, incluso sus notas bajaron a tal punto que se la llevaron con la directora para regañarla.

Un día, mientras hacíamos una maratón de películas en mi casa, se puso inquieta. Intenté mirarla de reojo, pero ella capturó mi atención con una expresión que nunca antes había visto. De un momento a otro, se subió encima de mis piernas, quedando frente a mí, y besó mis labios intensamente. Cualquiera podría decir que estaba lleno de sentimientos, pero yo la conocía lo suficiente como para saber que ese beso no tenía afecto alguno. No pude evitar besarla yo también, sin embargo traté de calmarla, transformando el beso en uno tierno y lleno de cariño. En efecto se calmó y sus manos fueron directamente a mi camisa, la desabotonaron con desesperación para después acariciar con lentitud mi torso. Se detuvo al mismo tiempo que nuestro beso. Se enderezó y comenzó a quitarse la polera, solo su sostén quedó exhibido frente a mis ojos.

—Liz... ¿Todo bien?

No dijo nada, comenzó a temblar y sus ojos colapsaron en lágrimas silenciosas e inagotables. Solo pude abrazarla y acariciar su espalda, hasta que finalmente se quedó dormida en mis brazos. Sí. La deseaba, pero jamás quise que este tipo de momento se diera de esta forma.

Después de ese día, fue todo de mal en peor. Liz comenzó a faltar a clases, ya no me hablaba mucho en el colegio y, cuando terminaba la jornada, se iba a la casa del conserje a ver a los perros. Era todo muy extraño. Creí que tal vez querría su espacio después de lo que ocurrió entre nosotros, ¿a quién no le daría un poco de vergüenza? Yo también me ponía nervioso cerca de ella, así que no le dije nada y seguí como si fueran días normales. La última vez que la vi, se despidió de mí con una sonrisa triste y melancólica. De haber sabido lo que le pasaba, ese día no la hubiese dejado ir.

Liz no apareció más por el colegio. Pasaron dos, tres, hasta siete días y no había señales de ella, ni siquiera los profesores la podían contactar. Comencé a preocuparme. Los rumores sobre ella y el conserje se intensificaron, a tal punto que se especulaba sobre una posible fuga con él. Decían que tenían una aventura, que Liz buscaba a Jorge por tener un pene grande, que ella era una puta, que todas las extranjeras son unas sueltas. Un día me enojé tanto que les grité a todos en clases:

—¡Paren esta mierda ahora!

—¿Aún la defiendes? —me preguntó con tono irónico mi compañero de al lado. Sacó su teléfono y me mostró un video donde se veía claramente a Liz y a Jorge. Después de lo que parecía una conversación entre ellos, comenzó a tocarla por todas partes sin que Liz se resistiera o gritara por ayuda. Desearía no haber visto ese video, porque después pude ver cómo ambos tenían sexo desenfrenado y sin pudor alguno.

—¿Aún crees que es una santa?

—¡Cállate! —le respondí enojado. Pero más que enojado, estaba lastimado.

Esa misma tarde, fui a encarar a Jorge a su casa, pero cuando llamé a la puerta nadie respondió. Había un olor desagradable que salía por su puerta. Golpeé con fuerza, insistí un par de veces más. Traté de mirar a través de la ventana sin éxito alguno, así que únicamente me fui. Ojalá hubiera investigado más sobre el olor. Debí denunciarlo.

A la mañana siguiente me levanté con un nudo en la garganta y el estómago apretado, no tenía ganas de comer ni de ir a clases. Fui obligado por mis padres. Cuando llegué al colegio todo estaba claro. Liz había sido asesinada. Varios mencionaban el suceso de la niña a la que habían matado en 1995: “Tragedia en el colegio República de Siria de la comuna de Ñuñoa: sin resolver”. Era evidente que la habían matado, pero la gran pregunta era quién o por qué.

Cuando vi en su frente “Es mío”, mi primer pensamiento fue: “Jorge, él lo hizo”. Lo busqué con la mirada en todas direcciones, pero lo único que veía era a los profesores consternados, los alumnos husmeando, el director acongojado, Lila y Cholo olisqueando confundidos; hasta que lo encontré. Estaba detrás de todo el jaleo de estudiantes que rodeaban el cuerpo, con una ligera sonrisa en su rostro. Me abalancé sobre él, increpándolo y acertando varios golpes en su cara. Él no se defendía, solo me miraba con una sonrisa creciente en su cara.

—¡Mierda! ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te hizo ella? —grité entre lágrimas.

—Es mío —respondió. No entendí a qué se refería con esa frase, que también estaba plasmada en la frente de la cabeza de Liz.

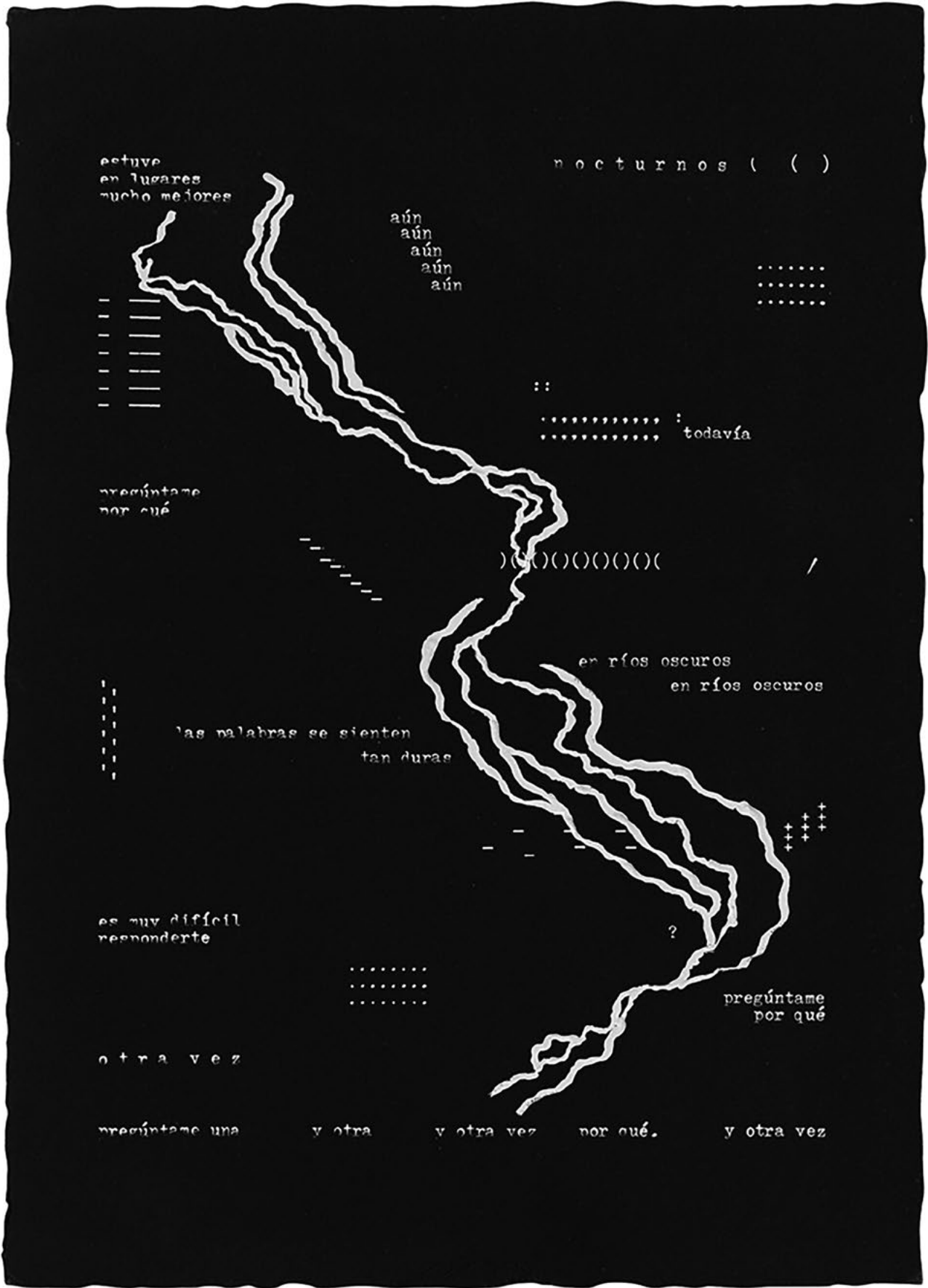
Los profesores llegaron en su ayuda, nos separaron intentando calmar la situación que ya estaba hecha un asco. “Es mío”, esa frase resonaba en mis pensamientos. Maldito hijo de puta.

De pronto, todo empezó a unirse en mi cabeza. Donde sea que fuéramos, siempre sentía que alguien nos vigilaba: era él. La actitud de Liz cuando veíamos las películas, su rostro sombrío, sus ojos apagados, las faltas a clases y la desaparición repentina.

—¿Eso es todo? —preguntó el uniformado.

—Sí.

—Muchas gracias, puedes retirarte.



↑
Parte de la exposición
Todo lo que soy es imperfecto (2020-2022).

Tres viajes imposibles

por Rafael Gumucio

Entre el *overbooking*, los accidentes y las huelgas de pilotos, tomar simplemente un avión puede convertirse en la nueva forma moderna de turismo de aventura. Vuelos sin destinos, hoteles gratuitos que te cuestan toda tu paciencia, ruegos, sudor y crujir de dientes, y a veces también la libertad y algunos encuentros inesperados. A continuación, tres viajes a ninguna parte y otras tantas aventuras imposibles.

1. París —Ámsterdam, Curazao, Lima— Santiago

Aeropuerto Roissy Charles de Gaulle: en esa extraña e inarticulada lengua en la que hablan siempre los altoparlantes, nos anuncian que el vuelo de KLM se atrasará dos horas más. Tiempo suficiente como para preguntarme si realmente quiero volver a Chile, si no temo ese reencuentro con la cesantía y el fantasma de una exnovia, y por qué, hasta cuándo y cómo... hasta que por fin subimos. Dos horas hasta Holanda.

En el aeropuerto unas decenas de beldades rubias corren de un lado a otro. Uniformes y sillas de ruedas viajan en las escaleras mecánicas. Parece que se ha quemado un rincón del Schiphol, y mientras bomberos y policías revisan las tiendas de salchichas y las jugueterías vacías, el grupo de viajeros que se ha logrado juntar desde los distintos terminales habla todas las lenguas del mundo menos el castellano. De hecho, soy el único que va a Chile. En una mezcla sudorosa de inglés aproximativo y lengua de signos para sordomudos, trato de explicar a una de esas imponentes bellezas holandesas dónde queda Chile. No, no queda cerca de Surinam. No, volar a Panamá no me sirve de nada. Buenos Aires, puede ser, Montevideo, Río o São Paulo, a lo más. Pero no hay vuelos para ninguna de estas ciudades mañana. Solo a Lima.

Bueno, si no hay otra, me resigno. ¿Qué puedo hacer ante su amabilidad de ojos azules? Lima mañana a las once de la mañana. Recojo las maletas, dejo que me timbren el pasaporte, tomo un taxi junto a un alemán calvo de amplios bigotes tipo morsa, que transporta consigo a dos tailandesas menores de edad.

La habitación del Sheraton en la que me instalan es amplia y bien equipada. ¿Si me muero aquí —me pregunto—, si caigo al

suelo víctima de un ataque al corazón, quién va a reconocer mi cadáver? ¿Quién podrá explicar qué hago en Ámsterdam? Hombre en tránsito, sin identidad segura, en la frontera de mí mismo, me parece absurdo lavarme los dientes o peinarme. Ni siquiera me atrevo a aprovechar, cual una estrella de rock, los lujos de la habitación y dejarla sucia y destrozada. Llamo por teléfono a mi madre en París para que al menos alguien sepa dónde estoy, y me quedo mirando una comisaría en la bruma.

Nos despiertan a las siete de la mañana. No recuerdo cómo ni cuándo me quedé dormido. Bajo con las manos sudorosas y pregunto en la recepción adónde nos va a buscar el bus de la aerolínea. Me dicen que frente al hotel, cerca de una escuela. La calle está nevada, no hay ninguna escuela frente al hotel. Camino dos cuadras más y paso por un canal, un colegio y la casa de Ana Frank, pero ningún paradero.

Faltan solo dos minutos, dos minutos apenas y el bus que no me encuentra me deja en esta ciudad que no conozco. Corro agitado hacia el hotel. Le pregunto al portero. La otra puerta al otro lado. Agradezco y corro. De nuevo calles de casas de ladrillo y una estatua de Ana Frank delante de otra casa donde se supone que vivió la niña.

Ahora sí que falta un segundo para que el bus no me recoja y corro, desesperado y sudoroso, mis maletas y maletines auestas, por entre los montículos de nieve, hasta que veo el bus celeste y subo de un salto.

Recién en Schiphol me informan que mi vuelo directo a Lima no va exactamente directo a Lima, sino que pasa unas horas en Curazao, donde tendré que hacer un cambio de avión para llegar finalmente a las siete de la tarde, hora local, al aeropuerto Chávez en la capital peruana.

—Pero yo voy a Santiago de Chile —le recuerdo bruscamente a la aeromoza—, no voy a Lima. —Desesperada, esta manda a llamar a su supervisora. El avión está a punto de partir, no hay otro en semanas. Me aclaran que en Lima puedo hablar con un agente de la aerolínea y que me ubicarán en el primer avión que vuele a Santiago.

Resignado, me subo a la aeronave y después de unas cuantas horas hasta disfruto cómo esta baja lentamente por la inmensidad calipso del mar, buscando la minúscula isla verde

y amarilla, con sus casas holandesas vestidas de mango y banana. Los calmantes logran que disfrute los escasos placeres del pequeñísimo aeropuerto de Curazao. Compro pasta de dientes y me lavo, y pienso que quizás a partir de ahora voy a vivir siempre así, en ese permanente paréntesis, entrando y saliendo de hoteles que no pago, de aeropuertos que se incendian, adivinando ciudades que no recorro.

Me subo a mi avión con un ejército de madres peruanas abrazadas a sus hijos y maridos comunitarios. Chillidos, pañales, holandeses y alemanes mudando a los niños mientras las madres y las suegras despotrican contra el Perú. Finalmente en Lima, busco a las aeromozas holandesas. Me anuncian que tendré que hacer aduana en el Perú y esperar hasta mañana para tomar otro avión.

De pronto descubro que la calma y el sentido común son las peores armas cuando se trata de negociar con una aerolínea. Palidezco, tartamudeo, me pongo nervioso, y sin violencia ni sonrisa me niego a moverme de la sala de espera hasta que me consigan un avión a Chile.

Un Lan Chile, me dicen, pero en cinco horas más. Y nada de salir del rectángulo sin alimentos en el que estoy confinado. Si intento huir tendré que pasar por la policía internacional y la aduana de nuevo, y todo mi plan se estropeará sin remedio. Así que, resignado, me siento a mirar cómo una banda tropical de quince miembros ensaya sus pasos de baile sin instrumentos, mientras escucho en mis audífonos un casete en que Jean-Louis Trintignant recita *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust.

2. Madrid —Río de Janeiro— Santiago

El avión de Pluna que me lleva de vuelta a Santiago después de dos años de vivir en España es, según me explica la mujer de la agencia de viajes, casi directo. Una escala pequeña en Montevideo, otra en Buenos Aires y después Santiago. Solo dentro de la aeronave me entero de que también aterrizaremos en Río de Janeiro. La escala es tan habitual en los aviones de esta aerolínea que no les parece necesario anunciarla. Decidido a tomarme todos los cambios con calma, dedico mi viaje a la alegre experiencia de escuchar todos los grandes éxitos de Alfredo Zitarrosa. Recién en Río noto que algo extraño pasa. A la tripulación le da una calurosa bienvenida un grupo de entusiastas pilotos de otras aeronaves, quienes los abrazan como a héroes. La hora de espera en el inmenso hall verdoso del aeropuerto Antonio Carlos Jobim se convierte en tres horas. Después de ese tiempo llega un grupo de aeromozas de Varig. No hablan castellano, mientras que los pasajeros, en su gran mayoría argentinos en shorts, no hablan en absoluto

portugués. Desde la cima de nuestra mutua incomprensión, los líderes de los viajeros suben la voz y reclaman que los lleven inmediatamente a Buenos Aires, Maldonado o Chivilcoy.

—Esto es increíble, es la tercera vez que me pasa esto en esta aerolínea.

—Mi mamá está enferma del corazón, del corazón, ¿sabe usted eso?

—*Não*, más calma. Vamos a un bus *embora* —suda la pobre aeromoza.

—Exigimos una explicación. Una explicación, si no, no nos subimos —golpetea el aire un gordo, a pesar de los intentos de su esposa por silenciarlo.

—Todos nosotros durmiendo aquí en el aeropuerto, imagíense el escándalo. Nosotros montando un quilombo aquí —dice otro manifestante, logrando el efecto contrario al que espera. Ante el temor de quedarnos durmiendo en el aeropuerto, dando conferencias de prensa, los rebeldes pasajeros prefieren resignarse y acompañar a las menudas aeromozas de pañuelo amarillo hasta los buses que nos llevarán a la ciudad.

—No es tan bonito Río, mirá, es chiquito —reclama una cincuentona porteña. Recibe el respaldo de varios compatriotas, hasta que, de pronto, el bus deja las barriadas deshechas e irrumpe en el centro, donde las barcazas en Botafogo y la inmensidad de los cerros dominan la ciudad como si este fuese el primer día de la creación. A los bonaerenses no les queda otra que resignarse ante el esplendor de la ciudad, ante su caos y su armonía, ante su lujo y su miseria.

—Teléfono —nos indican una vez que llegamos al viejo hotel Glories, en el centro mismo de Río. Nos van a llamar por teléfono, no se sabe cuándo, se encargan, algunos de nuestros improvisados líderes sindicales, de informarme. Puede ser en diez minutos o en dos días, así que podemos, sin riesgo de quedarnos sin vuelo, escaparnos del hotel y visitar la ciudad, que desde todas las ventanas nos llama.

A pesar de los reclamos y quejas constantes, vamos acomodándonos. Al lado de la piscina, tomando desayuno en la terraza del techo, abanicándonos en el jardín. Nos encontramos en los pasillos, en el ascensor, hasta darnos cuenta de que somos los únicos huéspedes de este enorme edificio inaugurado en 1922. Compartimos en argentino, uruguayo y chileno nuestras quejas, que, a medida que avanza la tarde, se hacen más livianas, casi alegres. De las maletas salen los trajes de baño, los anteojos de sol, las risas y nuevas e impredecibles amistades.

Yo me rebelo contra el jolgorio de los pasajeros y decido caminar por Río, arriesgándome a que la aerolínea decida de pronto embarcarnos de nuevo a todos sin esperarme a mí. Subo por un cerro entre las flores y los mulatos cesantes que se restriegan las panzas en las *lunchonettes*. Y de pronto, temo olvidar adónde voy y por qué. Como y vuelvo corriendo hacia el hotel, donde, gracias a poner mi voz de niño desvalido más convincente, me consiguen un vuelo en una hora, en primera clase de Lan Chile.

3. Santiago —Buenos Aires, São Paulo— Nueva York

Entrenado por tantos desaires aéreos, no me impaciento cuando en Ezeiza nos anuncian que nuestro vuelo de Aerolíneas Argentinas no volará esta noche hacia Nueva York.

Tranquilamente pregunto a la estresadísima aeromoza a qué hotel nos llevarán. Esta intenta explicarle a la turba, de pronto unida, que el copiloto tenía náuseas y que por eso no había llegado.

Son ya las dos de la mañana cuando nos suben a los buses. Mi compañero de viaje es un anciano de San Juan que, resignadamente, lleva ya tres días viajando sin viajar, traspasado de un aeropuerto al otro de la Argentina. A su queja, afable y tranquila, se suman otros pasajeros que cuentan de ataques cardíacos, de reuniones urgentes, de trabajos y días y maletas perdidas por esta y otras aerolíneas. Les pregunto, inocentemente, por qué, si han sufrido tantas veces estos horrores, siguen volando con las mismas compañías.

—¿Cómo voy a saber que va a pasar esto de nuevo? —me responden.

A las tres de la mañana somos desembarcados en distintos hoteles del centro de Buenos Aires, en los que nos miran con cierta impaciencia. Sigo tratando de jugar a ser un espía sin nombre que no se cambia ni siquiera la camisa y duerme con los zapatos puestos.

A las ocho de la mañana, vuelta al aeropuerto.

—Vas a ver, no vamos a partir —me dice una cuarentona rubia. Yo no quiero creer, yo sigo esperando que el Dios del aeroespacio recompense mi paciencia y sabiduría y me deje, esta vez, volar sin sufrir. Pero la rubia tiene razón, y después de dos horas de espera una aeromoza nos cuenta que el copiloto no se ha mejorado de sus vómitos y el resto de los reemplazos están demasiado cansados para llevarnos.

Subo por un cerro entre las flores y los mulatos cesantes que se restriegan las panzas en las *lunchonettes*. Y de pronto, temo olvidar adónde voy y por qué.

—¿Cuándo partimos entonces? —se le ocurre a un inocente preguntar. No se sabe. Nos intentarán situar en otras aerolíneas en la semana, quizás.

Un americano gime como Hulk:

—*I don't understand spanish.*

Nadie sabe qué hacer. Vuelve apoyado por otros americanos de sombreros, sus pólizas de seguro en la mano, hasta que por fin encuentra a un auxiliar bilingüe.

Pero en inglés el panorama no es mejor que en castellano. Una voz a lo lejos dice que hay huelga de pilotos, que la última vez que algo así sucedió, los pasajeros se quedaron semanas esperando.

—No hay huelga —gritan las aeromozas, intentando calmar el descontento general.

Pero nuevamente los gritos no sirven de nada, no hay dónde más ir que hacia donde nos dicen nuestros captores. Tenemos que volver a pasar por la Policía Internacional, volver a buscar nuestras maletas, y hacer una fila para que nos instalen en un hotel y otra para inscribirnos en un posible vuelo.

Otros vuelos se cancelan junto al nuestro, y la fila se hace interminable y lenta, interrumpida por otra microfila, o por verdaderos núcleos de pasajeros que intentan sacar de cualquier persona con uniforme algún atajo, un vuelo, la sombra de una esperanza. Gritos, niños que se desmayan, gente que descubre toda suerte de enfermedades urgentes, empujones y reclamos, estómagos —son las dos de la tarde— que gimen, frentes que sudan —estamos a treinta grados—, hasta que, finalmente, me dan el nombre de un hotel y el dinero para tomar un taxi.

Al menos —sigo en medio de mi desesperación, consolándome— el Hotel Presidente tiene un cierto encanto de novela de Puig. Respiro la ilusión de un provinciano que visita por primera vez Buenos Aires, y queda en pleno centro, en la calle Cerrito, cerca de la avenida Córdoba.

Y nuevamente la incerteza. Los que cometimos la imprudencia de irnos del aeropuerto, huyendo de la hambruna y el calor, estamos muy atrás en la lista de espera. En dos días más, o tres, es posible que me encuentren un vuelo, y ni hablar de que sea directo. Están ahora hablando en términos de Miami-Boston-Nueva York, Caracas-Miami-Nueva York. Llamo una y otra vez, una y otra vez me derivan a otro teléfono, donde solo conecto con una operadora de voz estresada y luego otra indignada. Esto hago hasta que por fin aparece la sombra de un vuelo, mañana en la tarde hacia São Paulo y de ahí, dos horas después, a Nueva York.

Tengo un domingo completo para mí en Buenos Aires. Según todos los meteorólogos, es el día más caluroso del año. Toda la ciudad parece haberse retirado a sus casas a escuchar sus ventiladores silbar y a sus locutores de fútbol chillar. Camino hacia Recoleta, por la vereda vacía y después por el centro. Una súbita sensación de libertad se apodera de mí, como si para siempre me liberara de la sensación de estar preso en los caprichos de la aviación para disfrutar, sin dirección ni esperanza, el viaje en estado puro. Para celebrar me siento en la Biela, frente al cementerio de la Recoleta, y pido un Cinzano con cientos de pequeños aperitivos en sus ínfimos platillos.

Ni en primera clase tengo derecho a tantos lujos. A veces no llegar tiene su encanto. Esto me lo repito a mí mismo mientras sigo mirando mi reloj, preguntándome si no me habrán llamado en el hotel para confirmar mi plaza en otro vuelo. Y de repente no sé si tanto me interesa llegar.



Parte de la exposición
Relatos pasajeros (2020-2024).

Sobre las ideas performáticas en las que me gasto el tiempo

por Josefa Miquel

Me pongo a caminar y cada vez voy más rápido y los ojos se me van en lo evidente. Y hablo de lo evidente no como lo hace el Principito, sino como lo que se ve, se toca, se huele. A veces pienso en la pregunta por la vida interior y me río de mí misma por sacarla a colación en una calle llena de gente, en una esquina pasada a mierda. Ante un indigente que me pide plata y yo me niego con la sonrisa más tierna y exquisita que tengo. Una vez estaba en Presidente Errázuriz y le dije a una amiga que el continente está condenado, que pasamos de la esperanza a la desesperanza y así sigue y estamos encerrados en un bucle y la única opción es irse y ser un migrante, un extraño en otra parte, tal como otros lo son aquí. Desde entonces nos distanciamos y poco a poco dejamos de hablar y ya ni siquiera sé dónde vive pero cuando pienso en ella estoy segura de que fue por eso, por el comentario de la desesperanza, por la cara de pena y vergüenza ajena que me puso. Vuelvo a lo de la vida interior. Específicamente: ¿Me son relevantes las reflexiones del que está al lado mío? O peor —y esto sí me parece sintomático y paranoico y sinceramente tan pobre weón de mi parte—. ¿Qué pensaría si supiera? Si supiera todo lo que se me está pasando por la cabeza. ¿Me he convertido en una mala persona? No quiero decir que las circunstancias me han obligado porque no estoy tan loca. No puedo sacar a los gringos de mi cabeza. Bajo mi lógica autonegacionista —esto es, renegar del propio fascismo, tal como Pedro renegó tres veces de Jesús; no me estoy tildando de mesiánica, solo de honesta— todo se remite a la culpa de los gringos. Su patrón cultural nos sepulta como el patio trasero que somos. Incluso nosotros, en la punta de todo, no vendríamos siendo más que la zanja que limita con la casa de

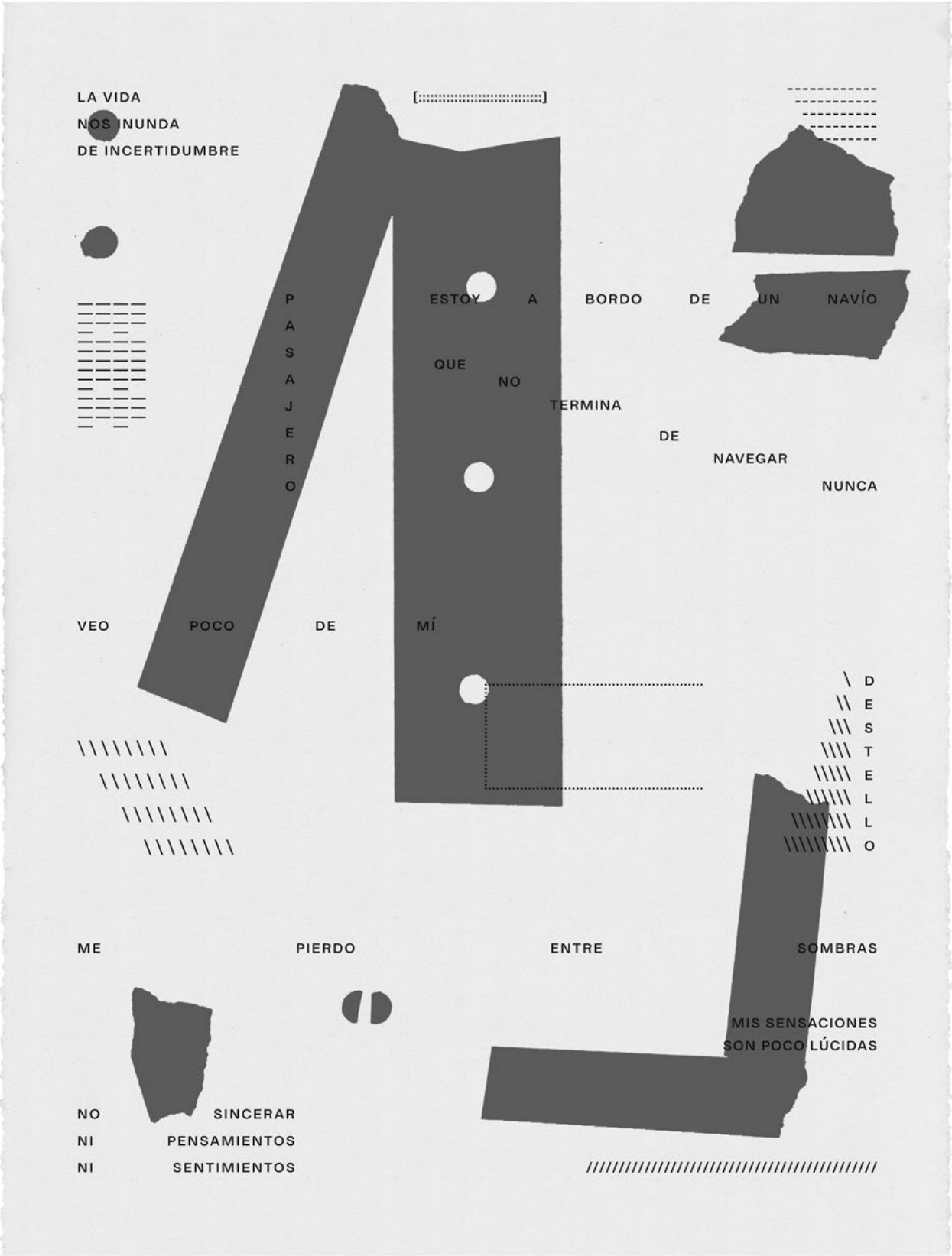
al lado, de la que alguien rara vez se acuerda. Pienso en el debate de junio y de Biden mirando el infinito con aire de senil. Pienso en la Kamala y Trump hablando de “*fracking fracking*” solo para comprarse al misero Carolina del Norte. Me acuerdo de Trump retando a la Kamala a cerrar las puertas. ¿Tenemos puertas nosotros? No realmente. Conozco una gringa que siempre me habla de los “*americans*”. Me dan ganas de agarrarla del cuello y explicarle que no es suyo, que no pueden robarse el nombre ni los gentilicios. Los pobres gentilicios son lo único que podemos disputar. Lo peor es que vamos perdiendo en el propio idioma y cuando alguien habla de *americanos* todos piensan en los gringos y nadie en nosotros. Y seguimos aquí sin ser recordados más que en un burdo estereotipo de sangre caliente y crimen a la orden del día. ¿Eso somos? Chile, para los entendidos, no es ninguna de las anteriores, aunque tampoco es que sea mejor. Odiamos lo que llega pero no nos vamos a ninguna parte. Nadie se va. Nos quedamos. Nos atrincheramos aquí y vemos el Mega todo el día y nos llamamos para contarnos los crímenes y los asesinatos y las corrupciones y si alguien lo viera desde afuera y no nos conociera casi podría pensar que en el fondo nos gusta. Que hemos llegado a disfrutarlo. Me acuerdo de los días en que quise ser monja y por fin le dije a mi hermana que la odiaba y que Dios la iba a castigar por ser tan puta. Me acuerdo del olor en Nueva de Lyon cuando encontré mierda detrás de mi escultura preferida y mi perro se la comió y se la tuve que sacar con las manos y hasta el día de hoy me huelo las manos y me da miedo encontrar algo. Me acuerdo de Joe Brainard y que escribo esto solo por copiarle, solo por decir que me acuerdo de mi cocina y de los cuatro canales

nacionales y de mi mamá y mi tía sentadas en la mesa comiendo pan pita. Y de las noticias todo el día, y vuelvo a ellas y a la radio, porque me han acompañado, porque en este país a las casas les da miedo estar en silencio y creo que por una vez no tiene nada que ver con el peligro, es una cuestión de productividad. Más ruido, más trabajo. Cuando pienso en el peligro pienso en la forma de los gatos —odio, odio, odio los gatos, me dan una repulsión que no sé expresar— y en cómo vivimos así, con el lomo erizado. Vamos a todas partes con la mochila abrazada, con el celular en la manga, con los audífonos a todo volumen, tanto que me duelen los tímpanos y a veces me los saco solo para escuchar a la gente toser y moverse en el calor del vagón. Una vez conocí a un danés en un matrimonio y le dije que era tonto y que no tenía motricidad fina. Él me respondió que era nórdico. Un gringo me contó que Kentucky y Richmond eran lo mismo, que las fraternidades seguían existiendo, que la gente construía sus casas en familia y los tornados las botaban. Entonces pedían plata y en los servicios sociales solo había mexicanos. Le pregunté a un mexicano y me dijo que más de 30 millones de sus compatriotas viven en Estados Unidos. Lo googlé y es verdad. Son el 10% de la población. ¿Podríamos decir que los mexicanos han triunfado? ¿Que han terminado por convertirse en un grupo demográfico, pero sobre todo, electoral? ¿Por qué, si no, Trump habría apelado al voto hispano? A mí no me parece una aberración eso de ser mexicano y facho. No me fascina López Obrador y tampoco la Sheinbaum que no es más que una extensión de él. Tengo una amiga brasileña que tiene una amiga mexicana que trabajó en su campaña y que lloró cuando ganó la primera vuelta. Yo estaba ahí, yo lo vi. Un par de meses después, cuando le negaron la invitación al rey Felipe por las desgracias de la conquista y todos pensamos: qué vergüenza, me dije a mí misma, a la mesa vacía en la que comía a las diez de la noche: ya no me gusta este tipo de política. Y no sé qué proponen ni a dónde van ni qué será de México, pero lo decidí y me cuesta moverme y quizás eso es lo que me pasa con la migración. Un día me empezó a incomodar y entonces empecé a mentir. ¿Me avergüenzo de mi incomodidad porque sé que está mal o porque no me puedo dar el lujo de perder más amigos? ¿Estamos bien? ¿No hay algo podrido aquí? Y no me refiero a los que llegan si no a los que se quedan, a los que estamos amarrados y en el fondo nos cuesta creer que allá, muy lejos, hayan otros que están peor. Y ahora pienso en Maduro como mi enemigo personal. Como un personaje en el tablero que me afecta directamente. A un amigo lo asaltaron unos venezolanos y me dijo que tenía a Maduro como responsable directo. Es una idea curiosa. Pero hace dos semanas Venezuela cortó los vuelos de Santiago a Caracas. No recuerdo la excusa pero las repercusiones son obvias. No sé qué hacer. Esto se ha convertido en un problema de identidad. Si tuviera plata me pasaría horas en terapia explicando por qué no

soy fascista. Como alternativa, lleno los espacios de las notas de mi celular hasta que alcanzo el límite de caracteres. Aunque opine cada vez más parecido. Aunque nada me ofenda ni me trastoque y piense para mí: bueno, todo es una ironía. ¿Y si no lo es? ¿Y si soy la última que se viene a dar cuenta? ¿Y si la exasperación que me produce Boric no es más que la frustración de vivir en un espectro político limitante? Me acuerdo de los disturbios en Londres y de los neonazis que surgieron en Berlín este verano. Siempre discuto eso: si prohibirlo o no prohibirlo. Como en la película francesa de la autarquía. Cómo me gustaría ser dictadora. Me gusta pedirle a mi hermano un vaso de agua. Él siempre asiente con la cabeza y no dice nada y me lo trae, y me dan ganas de decirle que me diga “sí, señor”, pero sé que entonces no me traería el agua y yo seguiría con sed, porque tengo sed todo el rato, tomo y tomo agua y leí en internet que tal vez sea resistencia a la insulina y puede ser porque como pura mierda y fumo y tengo un esguince y a veces me quejo y el resto del tiempo me lo paso comentando hechos sobre los que nadie me preguntó. Otras veces pienso: esto del bien y el mal es tan escolar. Y los jeans pitillos de retail tan ordinarios. Y los pelos alisados y quemados. Y la gente que desayuna completos. Y los hombres que tiran el humo de sus tabacos secos en la mañana y toman café de vainilla y cuando hablan a gritos quedan con aliento de pedófilo. ¿Y en qué estaba? En que estamos condenados. El problema no son los migrantes ni las prostitutas de masajes eróticos en las fachadas de peluquería venezolana en Independencia. Ni los edificios que huelen a zorra y a humedad frente a Plaza de Armas. Ni las poblaciones en Peñalolén que antes eran “buen barrio”. Ni las lindas calles de Pedro de Valdivia a las que siempre se les cae un farol. Ni las mujeres que usan tacos y entran en las librerías a comprar libros de John Gray y a convencerse de que la incomodidad y la base de alta cobertura son la solución. Siempre hemos estado mal. La pregunta, ¿Estábamos antes, un poco menos mal? ¿Es culpa de ellos? Me convenzo a mí misma de que la delincuencia es un fenómeno complejo. Aunque tal vez no lo sea tanto. Hace dos semanas me intentaron asaltar y salí corriendo y me puse a gritar mis contraseñas porque no podía pensar en otra cosa más que en lo simple y fácil que era y que tal vez yo también si fuera más pobre, más alta, más negra y más rica, debería salir por ahí con pistolas, cuchillos y mucha personalidad. Entonces empecé a hacer Uber y vivo pensando en cómo me voy a bajar en la curva de Vespucio Norte donde siempre hacen encerronas. Voy a levantar las manos y a abrir la boca y voy a decir: no hago nada, me porto bien. Y si voy con mi perro: déjame sacarlo, déjame sacarlo. Déjame sacarlo o me mato. El AK-47 es un fusil soviético de los años cuarenta. En la tele lo evalúan porque constituye gran parte del armamento de Irán. Sirve su cometido, dice alguien, y a mí me parece que es un escándalo hablar así como así de la guerra. Nadie me

cree. Todos se ríen. Me pienso a mí misma bailando en una disco que se repite en mi memoria. Con la camiseta blanca de hoyos en los brazos con la que me siento tan promiscua. Haciendo contactos visuales, tantos que me cuesta llevar la cuenta, pero no tantos como para dejar de pensar: no, no me puedo comer a un venezolano con pitillos de jeans y chaqueta de jeans y de nuevo me pregunto qué pasaría si todos aquí supieran lo mala persona que soy. En Albania no hay mujeres. Las tienen escondidas. No atienden los cafés, no caminan por las calles, no manejan los autos, no te miran a la cara. Un hombre de anteojos polarizados me dijo que les gustaba estar en la casa. Yo le dije que me parecía que estaban muertas, que al igual que en Chile, algo en Albania estaba podrido. En mi país la podredumbre se extiende como el mal olor y aquí no hay ningún niño bien intencionado para tapan la filtración con el pulgar. Todos roban, yo también. Y si todo Medio Oriente se va a guerra, qué pena. No voy a mover un dedo. Porque estoy al final del mundo. Porque el derecho internacional no existe y aquí cada uno se rasca con las uñas que logra afilar. Porque cuando sea nuestro turno nadie va a venir. Hoy en día nadie hace más que escandalizarse, o peor: todo es progresismo hasta que alguien osa opinar distinto. Porque una cosa es hacer declaraciones no vinculantes, otra muy distinta es poner plata. Muy lejos de aquí, en unos audífonos prestados escuché “This Must Be The Place” y descubrí que no quería volver. Descubrí que en Santiago no se puede ser feliz. Los círculos son estrechos, asfixiantes. Y ese pañuelo de mundo del que tanto hablan se convierte aquí en la ley sin excepción. Y sin embargo, mas, pero, debo decir. Solo aquí soy de aquí. Este es el único lugar del mundo al que pertenezco. Solo aquí hablo el idioma, solo aquí sé leer, solo aquí sé cómo reír y llorar y ganar plata. Solo aquí soy todo menos una extraña. Qué Disney me suena ese mundo sin fronteras. Qué aburrido es pensar que ese es el resultado inevitable de la globalización. Me fui de viaje y descubrí qué era la patria. Que una cosa es tirarle mierda yo, otra muy distinta es que lo haga un argentino. Que esta ciudad es el único hogar que tengo. Pero también mi cárcel, mi condena, mi calvario y mi karma por pensar tan mal y ser tan chueca. Santiago empieza a parecerme un laberinto mal armado, hecho a medias, abandonado sin terminar. Hay gente que recorre el laberinto todos los días y ya se lo sabe de memoria y de repente descubre que más que laberinto es una calle muy larga que solo termina en su principio, como Vespucio, otro anillo urbano que no hace más que asfixiarnos en el poco espacio que nos queda. Encima a las calles les pusimos sol, sombra, árboles raquíticos y cemento con acero porque la construcción chilena es la mejor del mundo y yo siempre le digo eso a la gente y me siento orgullosa y no sé nada de construcción y ella no sabe nada de mí, pero me afecta porque eso pienso cuando tiembla y entonces me siento una habitante de este lindo país imaginario y desarrollado y me

imagino a medio mundo cruzando el Pacífico atarantado solo por tener mi pasaporte, mi tierra, mi nacionalidad. Y que todos digan: “Hasta los indigentes son felices. Es un oasis, un pequeño milagro, ese lugar en el fin del mundo, nadie sabe cómo lo hicieron”. Quiero volver al verano en que iba a las iglesias y comulgaba dos veces en vez de bañarme y me quedaba al sol y se me salía la piel y mis amigas me la sacaban por tiras largas y la dejaban abandonada en el pasto seco de las plazas. El mismo verano en que me fui al sur, cuando Rusia invadió Ucrania y yo abrí mi carpa y miré el cielo y se me olvidó dónde estaba y pensé ver aviones volando justo sobre mi cabeza. Pero esa vez tampoco nadie se acordó de nosotros. Fue algo bueno. En general lo es, porque vemos las guerras pasar y no hacemos nada más que abrir la boca y luego cerrarla en silencio. Excepto cuando la guerra es acá en casa, entonces es al resto del mundo —excepto los gringos, siempre hay que exceptuarlos— al que le toca abrir la boca y no hacer nada y a nosotros nos corresponde asumir que en esta historia somos David pero perderemos siempre. Me consuelo pensando que no somos los únicos. Que acá la gran mayoría pierde y nadie se echa a morir. ¿No hay en Sudán una guerra de la que nadie habla, una que nunca termina y que nadie entiende? ¿No hay niños mexicanos encerrados en los ICE de la frontera? ¿No tiene Venezuela la Navidad en octubre? ¿No hay en todas partes algunos que se van y otros que se quedan? Puede que eso sea lo terrible, la razón de las aversiones, de las mías por lo menos: la envidia. Yo también me quiero ir. Fue el semestre en el que se me secaron los ojos cuando empecé a pensar en soluciones. Fui al oftalmólogo y me pusieron lágrimas artificiales y me tuvieron cuarenta minutos mirando imágenes en un proyector y yo lloraba y en una de las imágenes me pareció ver a Dios y se me ocurrió si no sería eso lo que me faltaba, lo que me daba sed, lo que me secaba el cuerpo y me ardía en los ojos. Hay una desafección terrible en dejar de creer. Para más dramatismo: el mundo moderno se hace insoportable. Es necesario creer, incluso si para hacerlo debo de tener en cuenta esa *creencia materializada* que propaga Sally Rooney. Si en muchas partes hay personas creyendo en una idea, ¿qué importa la relevancia objetiva de esa idea? ¿Qué importa la verdad? —no, no quiero hablar de la verdad—. El hecho objetivo, *mi* hecho objetivo, es esa creencia extendida en sí misma. Busco a Dios porque no me quedan ideales. Porque ya no hay moral ni código que me sustente. Porque camino con el mundo a mis espaldas y me quejo todo el día de la incerteza de no encontrar. Es la máxima de Galeano invertida: mucho de todos en uno solo. He ahí el poder de Dios. En los buenos días me consuelo con eso. Con salir a la calle y marearme en el olor del aceite usado y pensar que en la esquina siguiente está Dios y entonces entenderé y cambiaré y me convertiré en la buena persona que un día me prometieron que sería.



↑
Parte de la exposición
Paisajes monocromáticos (2023).

Foránea o Ni de allí, ni de allá

por Amelia Eliana Beatriz

Cierro la puerta con un portazo, un bolso en cada hombro y la *playlist* para soportar la Línea 1 lista en Spotify. ¿Cerré la llave del gas? ¿Dejé las cortinas abajo? Creo que dejé la llave del lavamanos corriendo. Abro de nuevo, dos giros de llave y un caderazo es lo que mi puerta hinchada por el invierno necesita para abrirse. Ni el gas está abierto, ni el agua del lavamanos corre. Todas las cortinas están cerradas y el departamento tiene un tinte sepia y olor a desayuno. Qué ganas de no ir a ninguna puta parte.

Son dos cuadras hasta el metro, dos cuadras de gente mirándome. Obvio que saben, todos tenemos la misma pinta, todos los foráneos nos vemos igual cuando migramos de vuelta a nuestras casas. Mochila, bolso, banano, teléfono, audífonos y la infaltable cara de pico (que en realidad es opcional). El metro me recibe con su boca de dientes metálicos y su insoportable pitido de cierre de puertas. A la TNE solo le queda lo suficiente como para que a la vuelta no tenga que cargarla en Estación Central. Todo planeado, pienso yo con una sonrisa endeble.

Mi mochila y el bolso se me entierran en los hombros mientras el vagón avanza con su vaivén de oruga apurada. Yo disfruto la música que arrulla mis pensamientos intrusivos. Quiero sacarle la lengua a los que están fuera del tren, que lo ven salir con triste complacencia. Más de una vez lo he hecho, la respuesta siempre es una risa. Es agradable, humano incluso, pero son las ocho de la mañana y el lujo de correr el riesgo de que alguien se enoje conmigo no me lo puedo jugar.

Llego a la calenturienta Línea 1, ya media sopeada y con dolor de cabeza. Me pongo a pensar en todo lo que tengo que estudiar cuando llegue a la casa.

La Línea 1 está llena de los míos: maletas, mochilas enormes, caras de sueño y estrés. Es fin de semana largo, y obvio que todos, obedientemente, vamos a tomar el metro para llegar a los terminales de buses para pasar de tres a ocho horas con mareo y ganas de morir en un bus con olor a Lysoform y cloro. Estación Central queda lejos y siento que son mil estaciones las que me faltan; en realidad son solo seis, siempre poniéndole color yo. Un asiento se vacía y yo me siento con un suspiro que me sale desde el fondo de los pulmones. Miro a quienes están frente a mí: una mujer con un niño chico que tiene el celular demasiado cerca de la cara para mi gusto, el

niño no debe tener más de cinco años y la madre no más de treinta; una estudiante con la misma pinta que yo, cara de sueño y seguramente mil cuadernos a su espalda; y un hombre que duerme con los brazos cruzados sobre el pecho, que huele a sudor y a pasta de muro. No puedo evitar preguntarme: ¿a dónde irán ellos?, ¿habrán dormido?, ¿habrán comido? La culpa me sube lenta y viscosa por la garganta como una acidez maldita y amarga; yo sí desayuné; yo tengo gente esperándome; yo soy una malagradecida. ¿Qué sé yo si ellos tienen a alguien esperándolos? ¿Qué sé yo si tenían que desayunar? Mi mente corre por imágenes de madres con sus hijos vendiendo cóyacs en la calle, pienso en los guardias que trabajan de noche, que no duermen durante horas con el constante peligro de ser asaltados, imagino a migrantes con sueños de una mejor vida que al llegar a Chile solo se encuentran con olor a pichí e inflación. Dejo de mirar a la gente.

El metro se para bruscamente, de la nada. Nos miramos los unos a los otros. Todos sabemos que eso es raro, que en el metro nadie mira a los ojos, pero la duda es algo humano y las respuestas no las tenemos nosotros, así que nuestra mirada divaga entre la gente y todos hacemos gestos de confusión. El vagón queda parado en una parte oscura del túnel y mi claustrofobia se presenta como un agujazo en mi pecho. Respiro lento y controlado, pero aun así mi corazón late fuerte contra mi pecho.

Pasan dos minutos y por los altavoces se escucha una voz de mujer informando con cierto robotismo practicado e inculcado: “Se ha detenido momentáneamente el tren debido a una persona en la vía”. El agujazo se vuelve más fuerte y mi mente se llena de imágenes dolorosas. Cierro los ojos y digo en mi cabeza una oración. Es ya un hábito, esto es algo común en Santiago, pero por mil años que pasen no creo jamás acostumbrarme. Alguien debería pedir por ellos, yo no soy creyente, pero puede que ellos sí, puede que toda su vida hayan creído en Dios, uno nunca sabe y en pedir no hay engaño.

Estación Central está llena y mi paso es rápido mientras atravieso los pasillos de tiendas. La escalera me lleva al terminal y miro nerviosa mi pasaje, número de andén, número de asiento, hora. Mierda. Corro por los andenes con mis bolsos traqueteando detrás mío y veo mi bus, le muestro mi ticket al acomodador y me subo, soy la última en subir y apenas

me siento el bus comienza a andar. Tal como esperaba: está pasado a Lysoform y cloro. Una sensación de mareo me invade solo de pensar en el viaje, pero una nació aperrada y al final del viaje me espera mi casa, así que no queda otra que sentarme y esperar a que tenga los dos asientos para mí sola, un lujo mundano que disfruto de vez en cuando.

El principio del viaje me hace tener náuseas y sudar frío, pero todo eso da lo mismo en cuanto veo el mar. Los brillos me duelen en los ojos, pero no dejo de mirar hacia la luz, hacia el oleaje que crea espuma blanca, que se me antoja fresca y dulce como la leche nevada. Las florcitas al borde del camino me levantan los espíritus (dedales de oro, se llaman) y siento por fin, desde que salí de mi casa hace cinco horas, cómo la tranquilidad me agarra el cuerpo.

Mi familia me espera en el paradero del bus: mi madre, mi tía y mi tío. De un momento a otro estoy rodeada de brazos y patitas de perro que me rasguñan para que también los salude, es un ritual ya conocido. Metemos los bolsos al auto y me siento de copiloto, sintiendo con calidez cómo la posición del asiento no ha cambiado nada, porque ese es mi asiento, incluso cuando no estoy por semanas a la vez en mi propia casa.

El camino de ripio nos da unos remezones mientras subimos el cerro conversando acerca de cómo estuvo mi viaje. Yo miento, siempre miento, no les cuento las terribles de la capital, hablo solo de las alegrías, cuido con precaución su paz. No quiero que teman por mí, yo estoy bien, eso es lo que ellos tienen que creer, esa es la versión que conocen.

Abro el portón como si fuera rutina diaria y me sumerjo en el olor a primavera del aire, un olor dulce a pasto, a tierra húmeda y a brisa marina. El portón se abre con su chirrido típico y yo vuelvo presta a mi lugar en el auto. El paisaje se despliega ante mí, los valles y cerros verdes y amarillos, miles de flores cubren la tierra. La copia feliz del Edén me devuelve la mirada y siento mi mal humor disiparse con cada nuevo color y animalito.

Los enormes álamos delimitan el camino y sus hojas vibran al viento de la mañana. La casa, o más bien cabaña, se encuentra escondida entre ellos, rodeada de eucaliptus y quillayes que dan sombra y protección del viento.

La puerta de la casa se abre, el olor a hogar me invade el sentimiento y mi sonrisa se alarga. Por fin llego a mi pieza, mi pieza, no la pieza de Santiago, sino el lugar donde duermo tranquila y donde la luz de la mañana nunca es una molestia.

Mi familia tiene el almuerzo listo y comemos todos en una mesa afuera bajo los árboles. Mis perros lloran por carne y mis padres les dan, aun cuando saben que no deberían.

Por la tarde, la luz del sol brilla reflejada en el mar y camino por el borde del camino de tierra en dirección a la playa. Mi familia duerme y yo me tomo ese tiempo para tocar el mar. La bajada es entre acortadas por el bosque y caminos pavimentados; veo conejos huir de mí con su cola blanca y culebras esconderse debajo de arbustos oscuros. La luz me inunda los ojos y hace que la idea del metro, con su pesadez y desconsuelo, se haga incluso más oscura.

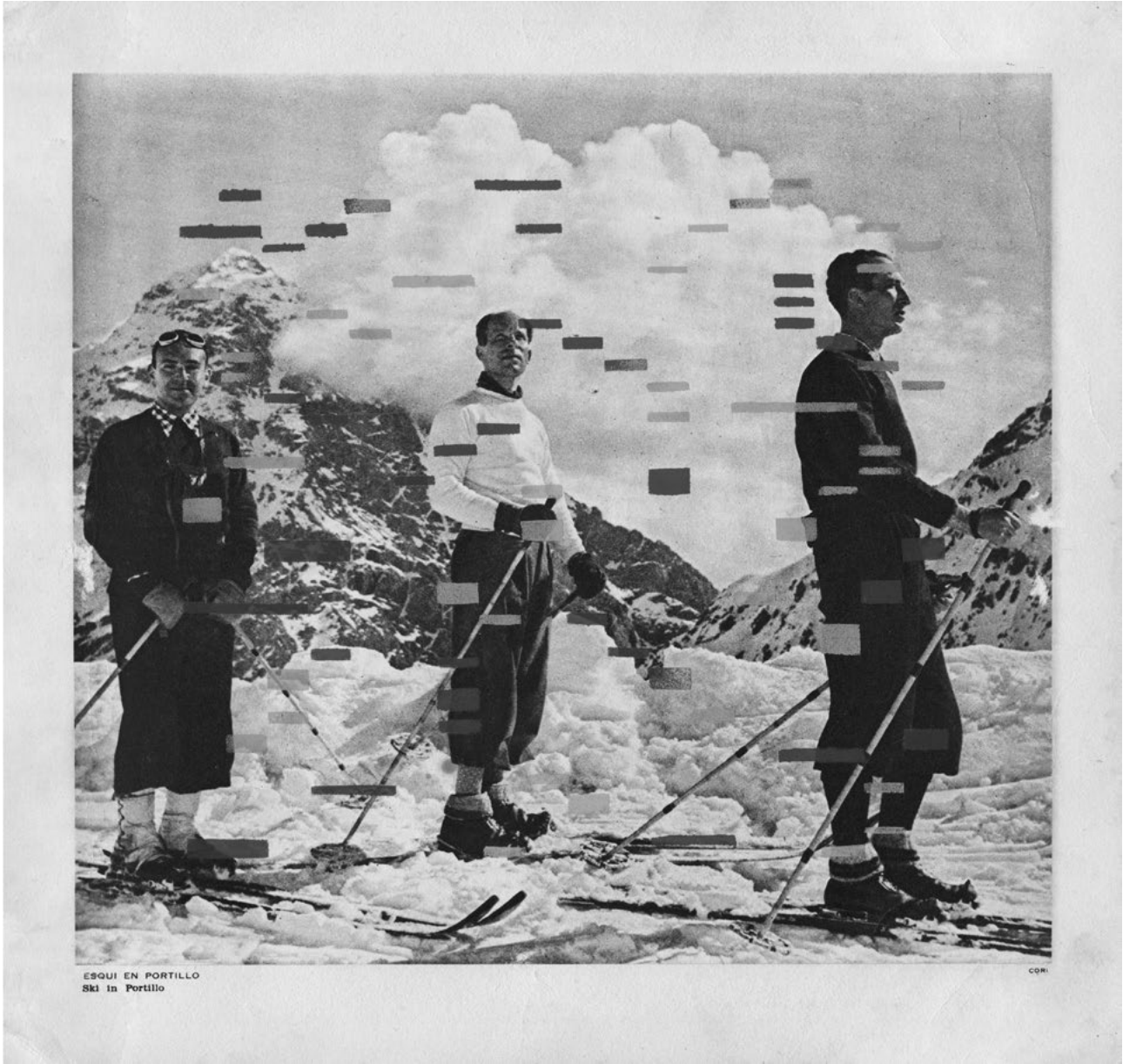
La playa me recibe con viento y frío, pero me aferro a mis abrigos y sumerjo mis pies en el agua. El dolor se demora pero llega, una sensación de que son mis huesos los que están tocando el mar y no mi piel, que un segundo más y los pierdo en la corriente. Las olas me mojan los pantalones y todos mis esfuerzos por permanecer seca son inútiles contra el mar y su estoicismo. Las gaviotas me acompañan en mi paseo y veo atenta desde la orilla cómo se sumergen en picada. El frío me cala los huesos y mis capas de ropa son como pañuelos contra un huracán en su inutilidad. Decido regresar.

La casa está en silencio y el sol de la tarde calienta el techo de zinc, todo está bañado de luz dorada y olor a hogar, una mezcla entre madera, eucalipto y perro mojado. Tomo mis cosas de mi pieza y me dirijo como un alma en pena al living, me siento en el suelo y despliego con cierta parafernalia y rabia los cuadernos de la universidad.

Hace años que vivo en Santiago, pero jamás voy a ser santiaguina.

Viví toda mi infancia en la costa, pero ahora soy demasiado santiaguina para mi pueblo y soy demasiado pueblerina para Santiago.

Una pregunta aparece por mi mente antes de abrir uno de los cuadernos: ¿cuál es mi casa?



↑
Parte de la exposición *Chile* (2020).

ARTISTA INVITADA: VALENTINA AMÉSTICA

ISS

Una obra que explora conceptos como la migración y la transformación, que nos transporta a un mundo de estampas melancólicas que retratan la belleza y la realidad de nuestro país, pero también los flujos territoriales cargados de sentimiento y potencia. Así es el trabajo de Valentina Améstica (Santiago de Chile, 1994), licenciada en Diseño en la UDP y con un MFA de Central Saint Martins (Reino Unido), una destacada artista emergente que actualmente se encuentra radicada en Nueva York.

Sus piezas visuales acompañan el número 48 de revista *Grifo* porque en ellas se refleja el carácter efímero de los desplazamientos, la incertidumbre de las sensaciones y la fragilidad de la memoria. Nos recuerdan la armonía entre razón, naturaleza y ciudad, y levantan un puente que no deja de evocarnos el movimiento natural, propio de nosotros mismos. Nos hacen divagar entre nuestra emotividad y la necesidad o voluntad de movilizarnos, sea por supervivencia, por gusto o por ampliar ese espacio que nos dijeron que nos pertenecía.

Niebla

Tres poemas

por Margaret Carter

traducción de Nina Zúñiga

On the Thirty-Second Day of Rain

A tentacled creature nests
inside my chest. I prod
the bloated mass and it slinks
behind my lungs. Slithery
shapeshifter, it pins my body
to the bed and propels
its appendages up my throat—
I do not speak for two days.
Careening through the kitchen
I grope the cabinets and slam
a mug onto the counter
as the creature unspools
down my arms. It commands me
to the shore where mist shimmers
like a mirror—a shadow and
a prismatic face. I cannot discern
the creature’s mutter. It wants
to swim somewhere new,
it wants to drown.

En el trigésimo segundo día de lluvia

Una criatura anida sus tentáculos
dentro de mi pecho. Toco
la masa hinchada y se escurre
atrás de mis pulmones. Resbalosa
se transforma, me afirma el cuerpo
a la cama y propulsa
sus apéndices a mi garganta—
no hablo por dos días.
Me tropiezo en la cocina
manoseo los muebles y azoto
una taza en la mesa,
ahí la criatura se desliza
por mis brazos. Me guía
a la playa donde la vaguada brilla
como espejo—una sombra y
una cara prisma. No puedo distinguir
los murmullos de la criatura. Quiere
nadar a un lugar nuevo,
se quiere hundir.

New Year’s Day, San Francisco

Kelp bulbs pop beneath my bare feet.
I near the slate-gray water and mist
pricks my chest like shards of glass.

I plunge into icy absence.
A kick. A whip. A gasp.
Emerging onto the beach numbed

I cannot tell where I begin
or end, the edges of my body
disintegrating into sand. What I want

is to return. But when warmth blooms
like orange poppies in spring, will I
recognize this tender body as mine?

Or will I still feel spines all over
me, the pelican’s barbed cry
and the sun’s serrated beams?

Día de Año Nuevo, San Francisco

Bulbos de huiro estallan bajo mis pies descalzos.
Me acerco al agua plomo y bruma
me punza el pecho como astillas de vidrio.

De piquero me ausento en el hielo.
Patada. Latigazo. Sorpresa.
Emergiendo en la playa aturdida

no sé dónde empiezo
o termino, las esquinas de mi cuerpo
desintegrándose en la arena. Lo que quiero

es volver. Pero cuando brote lo cálido
como amapolas naranjas en primavera, ¿podré
reconocer este cuerpo tierno como mío?

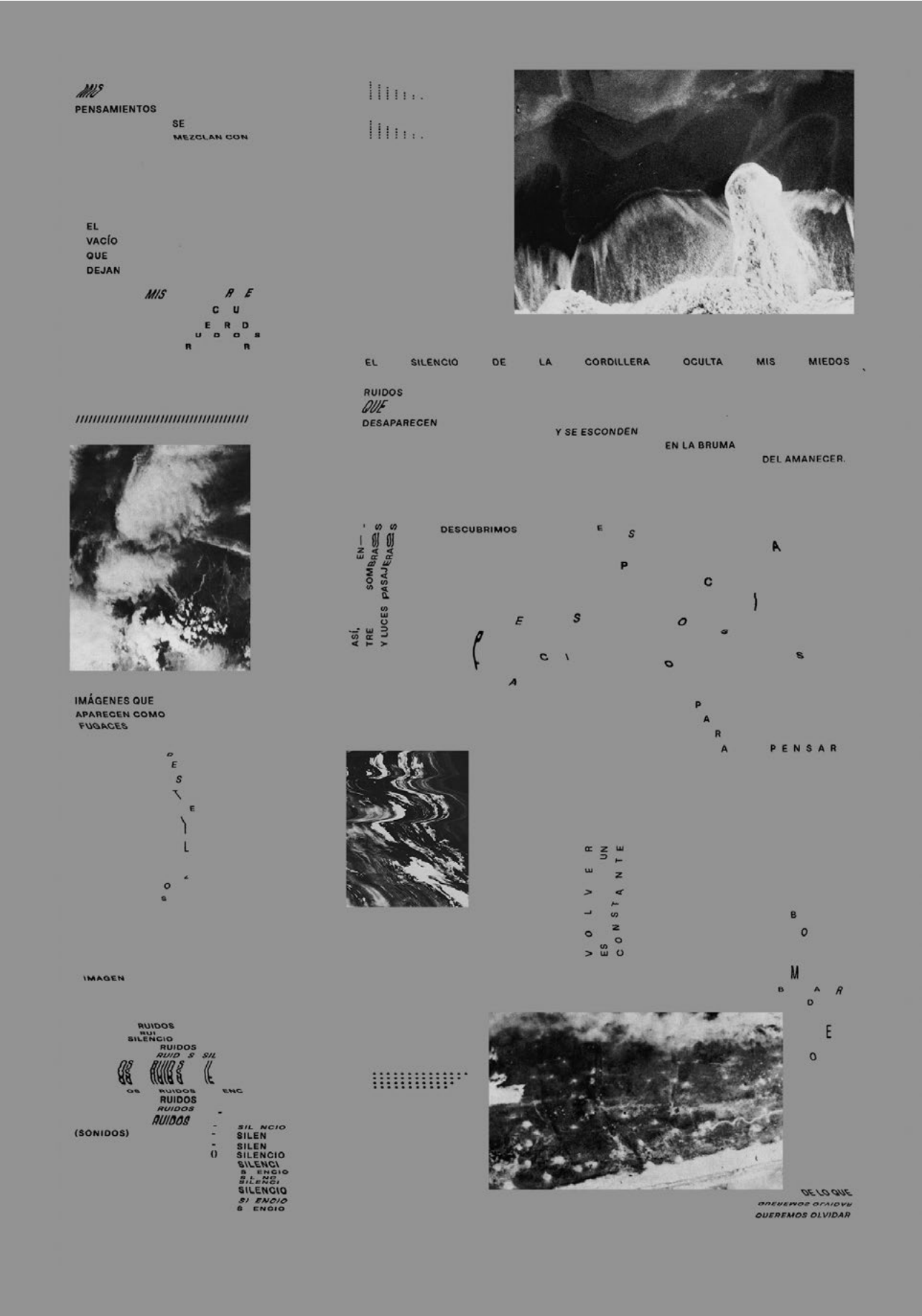
¿O voy a sentir aún las espinas
en mí, el llanto astilla del pelícano
y los rayos serruchados del sol?

Does It Count

- To birdwatch in a field of ice, hear the jay’s crisp whistle,
and imagine its blue plumage
- To squint through the haze spread across the night sky like gauze
and wish on the blinking lights of a plane
- To take an extended walk along the frothing brown river
without wearing a digital wristband to track the steps
- To thumb the book’s pages, smell the fresh ink,
and read the summary and analysis online
- To suck on damp paper, let the smoke snake around the molars
without inhaling deeper into the lungs
- To practice deep breathing in the shower (one hand on heart, one hand on abdomen)
while watching mold bloom across the ceiling
- To write a card in tight cursive and slide it through the mailbox slot
a week after the birthday has passed
- To sort yogurt containers from styrofoam packaging
before tossing both bags at the foot of the dumpster
- To skim an article about famine, make a donation,
then browse fast-fashion clothing brands
- To wind spaghetti around a fork and nod approvingly to a friend
while composing a mental checklist for tomorrow
- To review the checklist
while stroking a lover under white cotton sheets

¿Cuenta

- Observar aves en un campo helado, escuchar crujiente el silbido del azulejo,
e imaginar sus plumas
- Entrecerrar los ojos en la bruma untada en el cielo nocturno como gasa
y pedir deseos a las luces parpadeantes de un avión
- Caminar por más rato con la espuma de un río oscuro
sin un *smartwatch* para contar los pasos
- Pasar las páginas del libro, oler la tinta fresca
y leer el resumen y un análisis online
- Aspirar papel húmedo, dejar que el humo se pasee por las muelas
sin entrar a los pulmones
- Hacer ejercicios de respiración en la ducha (una mano al corazón, otra al abdomen)
viendo moho florecer en el techo
- Escribir una carta en cursiva apretada y deslizarla en la apertura del buzón
una semana después del cumpleaños
- Separar tarros de yogurt de potes de plumavit
antes de tirar las dos bolsas a los pies del basurero
- Ojear un artículo sobre la hambruna, donar
y vitrinear ropa china online
- Enrollar spaguetti en un tenedor y hacer gestos de aprobación a una amiga
mientras se hace una lista mental para mañana
- Revisar la lista
mientras se acaricia a un amante entre unas sábanas blancas?



↑
Andes (2024), en Zagreb Design Week.

Rosa fugaz

por Micael Álvarez

Hermosa joven
Belleza sin igual,
Te advierto
Tu rosa marchitándose está,
Riégala, cuidala ahora
O mañana arrepentimiento sentirás.

Aquella flor
En el pasado
Llena de fulgor,
Lastimada ahora está.

Hermosa rosa
Que con viento vuela y vuela,
Se escapa, atrápala
Es la única que tendrás.

Se te dijo, y hoy se ha cumplido
Se ha ido y tristeza has sentido,
Tarde me temo
Que has aprendido, roza una,
Rosa fugaz.

María Carolina Geel y la femenina urdimbre literaria

por Josefa Vecchiola Gallego

Estos últimos años el nombre de la autora nacional María Carolina Geel (1913-1996) se ha levantado con fuerza, dando que hablar desde la crítica literaria, el cine y los estudios de género. Lo que sabemos a primeras es que fue la misteriosa autora que en el año 1955 mató a su amante dándole cinco certeros balazos en el famoso hotel Crillón de Santiago de Chile, lugar en el que hoy solo quedan vestigios de sus antiguas galerías, pues lo que prima es un retail que acompaña el tránsito del tradicional paseo Ahumada. Esta historia fue la inspiración de la película más reciente de la productora chilena Fábula. Dirigida por Maite Alberdi, *El lugar de la otra* (2024) ficcionaliza la historia del mediático caso de Geel desde el punto de vista de la secretaria del juez que toma el caso.

La crítica literaria actual se ha encargado de rescatar y remover la perspectiva de la vida y obra de esta autora que siempre se ha visto coartada por la visión conservadora del siglo pasado. Los estudios más actuales han sido *Las homicidas* de Alia Trabucco Zerán, “Mujer, frontera y delito” de Diamela Eltit y “Cinco balas y un día” de Alejandra Costamagna, entre otros.

María Carolina Geel, que esconde el nombre de Georgina Silva Jiménez, fue novelista, ensayista y una de las pocas críticas literarias de la generación del 50. Tuvo varias publicaciones, tales como *El mundo dormido de Yenía* (1946), *Extraño estío* (1947), *Soñaba y amaba el adolescente Perces* (1949), *Siete escritoras chilenas* (1949), *El pequeño arquitecto* (1857) y *Huida* (1969). Estas obras quedaron en el olvido frente a la mediática obra titulada *Cárcel de mujeres*, la que se dedicó a escribir tras ser sentenciada a tres años y un día y reclusa en la correccional El Buen Pastor, y que logró publicar en 1956 con la editorial Zig-Zag. El éxito de la novela fue apabullante y se debió a que entre sus páginas se buscaba la causa del homicidio; sin embargo, astutamente el texto confunde a sus lectoras y lectores, sin dar a entender cuánta verdad o ficción expone en sus párrafos. La novela terminó siendo un arma de doble filo para la autora, ya que pasó a ser una prueba en su propio expediente judicial. He ahí, entonces, tal como diría Trabucco, el nacimiento de una obra escrita en prisión por una mujer cuya cordura estaba en tela de juicio y donde la literatura se convirtió en evidencia judicial.

La primera edición de *Cárcel de mujeres* está anexada al prólogo del aclamado crítico literario de la época Hernán Díaz Arrieta, más conocido como Alone. Este mantuvo correspondencia con la autora desde su reclusión, ya que quería averiguar de una vez por todas la causa del homicidio. Tal como dice Diamela Eltit, vemos a un crítico literario que maliciosamente pone la obra de Geel en una posición que la desplaza meramente al morbo de averiguar la causa del acto delictual, en lugar de darle espacio a la configuración de la identidad de una sujeta literaria. Sin duda, eso es lo que esperaba el público, la prensa y el sistema judicial. No obstante, Geel

no cedería tan fácilmente: rehuyó de su confesión y a su vez entregó, por primera vez en la historia de la literatura chilena, un testimonio ficcionalizado que evidenciaba la precarización carcelaria, la diferencia de clases y el trato entre reclusas, y el amor lésbico entre personajes subalternos. La novela se convirtió en una suerte de testimonio de las acalladas violencias estructurales que permeaban el sistema carcelario de aquellos años.

Todas las miradas de la prensa estaban puestas en el escándalo mediático y literario de la conocida escritora, por lo que rápidamente de este acto se desprende un espejismo que alude al intento de homicidio frustrado de María Luisa Bombal, catorce años antes, cuando le disparó a uno de sus amores de juventud en la entrada del hotel Crillón. Alejandra Constamagna propuso que aquel guiño de Geel erigió una especie de cita criminal y literaria. Ambas autoras, con sus pálidas pieles, labios color carmesí y pelos negros, parecieran surgir de una misma oscuridad. En la perspectiva de Trabucco, la escritura y publicación de *Cárcel de mujeres* sería la estrategia de Geel para unir por siempre su vida al gran referente literario que fue Bombal.

Como si fuera poco, la historia de esta misteriosa autora comenzó a escalar de tal forma que Gabriela Mistral, la reconocida poeta nacional, le pidió al presidente Ibáñez un indulto presidencial para su liberación. Lo pidió en nombre de todas las mujeres hispanoamericanas, y logró su cometido.

No fue hasta el año 2000 que la editorial independiente y feminista Cuarto Propio decidió realizar una reedición de *Cárcel de mujeres*, en su colección Huellas de Siglo, acompañada de un acucioso prólogo de Diamela Eltit. Este acto editorial y político logró, sin duda, reivindicar la importancia histórica de Geel como una autora de actitud transgresora y de una genialidad en el oficio para configurar un texto híbrido que se desplaza entre la ficción, el testimonio y lo autobiográfico. En palabras de Eltit, Geel fue una mujer que, pese al conservadurismo de la élite santiaguina de los cincuenta, puso en el tapete la visibilización de las relaciones lésbicas y sus formas de deseo en el contexto carcelario, lo que deja entrever también su posible deseo disidente.

Este mediático hito en la literatura chilena hoy vuelve para enseñarnos la histórica labor y el deber entre mujeres de abrírnos espacios en el mundo público e intelectual. También nos recuerda la importancia de la crítica literaria y las reediciones que actualicen los textos con miradas frescas y bajo nuevas perspectivas teóricas, las que permitan mantener las tensiones y transgresiones desde la literatura.



↑
Parte de la exposición
Relatos pasajeros (2020-2024).

CRÍTICA DE LIBROS

ISSI

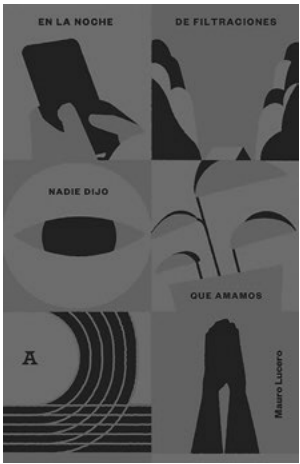
En la noche de filtraciones nadie dijo que amamos
de Mauro Lucero
por Josefa Miquel

Variaciones de un día
de José Kozér y Enrique Winter
por Valeria Folli Valenzuela

Baumgartner
de Paul Auster
por Violeta Alarcón Guzmán

En el hocico de la sombra

por Josefa Miquel



TÍTULO DEL LIBRO

En la noche de filtraciones
nadie dijo que amamos

AUTOR

Mauro Lucero

EDITORIAL

Aparte

AÑO DE PUBLICACIÓN

2023

NÚMERO DE PÁGINAS

65

Hay algo de juventud, de inocencia interrumpida, en el poemario *En la noche de filtraciones nadie dijo que amamos*, de Mauro Lucero. Una juventud bien lograda, no se me ocurre otra forma de decirlo. Un progresismo no panfletario, una inclusión no forzada, un amor no romántico. El ascenso de una cosmovisión, si se quiere, renovada, atingente. Nos habla de una generación perdida, que tal como las vanguardias, apenas nace empieza a morir.

Hay algo de juego, una tensión con las estructuras, algo performático, incluso, que se mueve en los márgenes del lenguaje, que se relaciona incluso con los detalles de impresión. Y hay, también, algo que inquieta: la intimidad de las sensaciones, lo sensorial que se mezcla con el influjo nostálgico y acaso amnésico de la vida familiar. Sorteamos momentos estelares y secretos que dan cuenta de la individualidad más inexplorada, de esa que jamás comentamos, que apenas llegamos a vislumbrar en el otro.

Una mezcolanza de recuerdos deambulan por sus páginas, pedazos de imágenes, vestigios de un pasado que nada tiene que ver con lo arqueológico. Esta es una poética abatida, fusionada con los chilenismos más encantadores: “y hablo una sarta de leseras enredada con las otras voces / que también parecen tejer con el ruido de las patas / de los perros persiguiéndose en la noche / que se cierra que se cierra”.

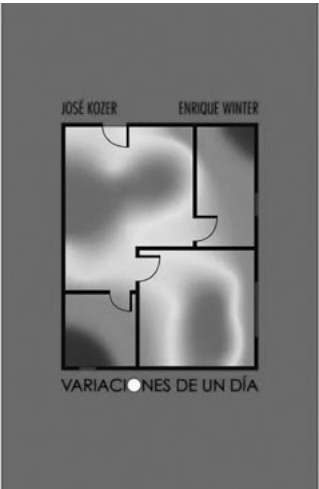
La de Lucero es una poesía *profundamente urbana*, y, sin embargo, no deja de tener algo de bucólico. Como el campo insertado en la ciudad, como un jardín detrás de una pandereta de casa pareada, como el verde salpicado de gris. Tal vez sea porque se trata de una persecución en cámara lenta. Porque deja ver el deseo, la frustración, el cariño, la ira, la añoranza, la extrañeza, la distancia, el recuerdo, el dolor.

En una primera lectura, la noche puede parecer un mero escenario, pero es la verdadera protagonista. Más que espacio, tiempo y escena; más que personaje, un hecho en sí misma. La ausencia de luz. La ausencia de sentido. Aunque hay entre los versos noches comunes y corrientes, noches de desahogo, tristeza y algo más. Esas que no se recuerdan, que carecen de distinción, que sin embargo se adhieren a la narración y no la dejan seguir: “un cubículo de baño (recuerdo: tu nariz / se acerca a las rosas / te descuidas y pequeños brotes de sangre) / la coca casi puro aceite”.

Hay, en suma, algo torcido en este poemario, algo frustrado a cada paso del camino, como si de rastrear la verdad se tratara. A ratos, la voz del hablante destila esa exasperación, esa herida muda: “cada vez que intento decirte esto / algo se desvía?”. Otras veces, esa voz miente, engaña, rabea sola. Desea tanto que casi hiere. Con un apetito vampírico, persigue, se arrastra, insiste: “allá, donde vayas, si es que existes, voy”. A un paso de la violencia, la tortura, la sangre y el mordisco.

Variaciones de un poema

por Valeria Folli Valenzuela



TÍTULO DEL LIBRO

Variaciones de un día

AUTORES

José Kozér y
Enrique Winter

EDITORIAL

Provincianos

AÑO DE PUBLICACIÓN

2022

NÚMERO DE PÁGINAS

102

Variaciones de un día es un poemario escrito por dos autores: el poeta, traductor y ensayista José Kozér (La Habana, 1940), uno de los principales referentes del neobarroco latinoamericano y ganador del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2013; y Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), escritor y traductor que actualmente reside en Valparaíso, autor de poemarios como *Atar las naves* y *Rascacielos*, y reconocido con los premios Víctor Jara y Pablo de Rokha.

El tema central de este libro, tal como indica su título, son las variaciones a lo largo de una jornada, y fue escrito durante la pandemia del año 2020. En el poemario es evidente que cada uno de los autores tiene su propia forma de escribir, lo que se debe tanto a la brecha generacional entre ambos, como a sus diferentes experiencias y perspectivas; pero aun así, logran conectarse a través de la amistad que los une y, sobre todo, mediante sus poemas. En el libro no se indica quién escribe cada texto, pero los sentimientos que expresan, su percepción de la cotidianeidad y su relación con el entorno, entre otras cosas, se distinguen y dialogan a lo largo de estas páginas. Por un lado está Winter, que anhela la hora de salir, describe los momentos que comparte con su familia y reflexiona sobre su experiencia como padre primerizo en una pandemia; mientras que Kozér es un jubilado que explora su visión del entorno, sus vivencias, su perspectiva del mundo encerrado en su casa y sus formas de relacionarlo con la poesía.

Uno de los temas que destaca al momento de leer el libro es la reflexión que surge en los momentos más simples vividos durante la cuarentena, como se puede ver en el poema “Insomnios”, de Winter:

una espera	sin	pendientes
ancha como el recuerdo	del horizonte tras el cormorán	
mientras	seguimos	encerrados
[...]		
no sé	cuándo	vendrá
	será	puntual entonces

Pese a las diferencias estilísticas de ambos poetas, al interior de *Variaciones de un día* se crea un diálogo coherente entre un poema y otro, el que refleja una conexión de ideas y sentimientos enfocados en lo cotidiano. Aunque el poemario tiene un cierto grado de dificultad, la forma en que se alternan los poemas de cada autor logra crear una dinámica que no se ve a menudo en el género; esta es una característica que llama la atención y nos incita a continuar la lectura para averiguar más sobre lo que está sucediendo entre ambos y, al mismo tiempo, nos llama a explorar nuestra propia realidad de manera nueva, a partir de la experiencia poética que Kozér y Winter entregan en este libro complejo, original e íntimo.

Entre la niebla y el olvido

por Violeta Alarcón Guzmán



TÍTULO DEL LIBRO

Baumgartner

AUTOR

Paul Auster

TRADUCTOR

Benito Gómez Ibáñez

EDITORIAL

Seix Barral

AÑO DE PUBLICACIÓN

2024

NÚMERO DE PÁGINAS

264

Tras un fulminante cáncer al pulmón y una historia familiar bastante terrible, Paul Auster nos dice adiós con su novela póstuma, *Baumgartner*, y de alguna forma nos declara que lo sabía, que estaba seguro de que no le quedaba mucho tiempo. Por eso no es extraño que sus palabras estén tan cargadas de nostalgia, esa nostalgia común a los humanos del sur y los del norte, por la única verdad absoluta de que algún día todos dejaremos de existir.

Con frases agridulces, leemos la historia de un profesor de Filosofía en la Universidad de Princeton, quien perdió a su mujer hace varios años y, mientras sobrelleva un duelo que parece eterno, se da cuenta de que envejece. Auster parece hablar de sí mismo, de su padecimiento interno por la futura muerte propia, la pérdida de la juventud y la impotencia ante el declive, la decadencia y la caída en picada hacia desaparecer completamente.

Con momentos tan tiernos como dolorosos, el libro está cargado de un miedo que corta el aire, casi sustancial y palpable. Mientras nos sumergimos en una historia en la que algunos podrían decir que no pasa casi nada, de pronto nos damos cuenta de que estamos dolidos y al mismo tiempo llenos de placer. El escritor de 4321 parece gritar que él y Baumgartner están viejos, pero aún no han muerto; que quieren amar de nuevo, escribir de nuevo, volver a levantarse del piso tras caer cielo abajo por las escaleras de su subterráneo. Que aún tienen la esperanza de recuperar lo irrecuperable, pese a vivir, como dice el narrador, “entre la niebla del olvido”.

Auster nos regala quizás su libro más personal. Tanto así, que casi parece que en el universo narrativo de esta historia no existe nadie aparte del protagonista. Pero no es nada muy nuevo. Sus tópicos clásicos siguen respirando en la nuca del lector: la ciudad de Nueva York, la melancolía, la desesperanza, la muerte como un personaje que aparece y desaparece constantemente. El recordatorio doloroso y latente de que la vida es demasiado corta funciona como catalizador para encontrarle algún significado antes de que sea tarde. Sus clásicos laberintos narrativos, donde los personajes parecen agobiarse en el misterio y la intriga, la intertextualidad y la similitud, en algunos casos, con su propia vida, no permiten que nos olvidemos de que lo estamos leyendo a él y solamente a él.

Con el estilo elegantísimo que lo caracteriza, mediante otro de sus *alter ego*, Auster narra con impotencia desgarradora la dualidad humana: la necesidad de seguir viviendo y la urgencia por el descanso, y parece afirmar que su vida continuará en las páginas que quedaron escritas. Como si su muerte no significara más que un hito superable dentro de una vida de mucha, mucha literatura. Como si quisiera decirnos, desde algún otro lado, que no tiene por qué terminar así. Con su última obra, aprendemos a no perder la esperanza en las segundas oportunidades y en la vida eterna de la literatura, de su literatura, la que seguirá viviendo dentro de los que decidimos dejarnos llevar por su *música del azar*.

CONCURSO LITERARIO

ISI

Agradecemos al jurado de esta edición del concurso: Simón Soto, Gerardo Jara y Xelsoi en cuento; Miguel Naranjo Ríos, Pablo Lacroix y Nicolás Labarca en poesía.

También les damos las gracias a todas las personas que participaron de la convocatoria y felicitamos a quienes resultaron ganadores en cada una de las tres categorías.

CUENTO ADULTO

PRIMER LUGAR: “Ausencia consagrada”, de Ignacio Kalau von Hofe

SEGUNDO LUGAR: “Lápiz grafito”, de Manuel Pérez Tapia

TERCER LUGAR: “Interrupción”, de Felicia Cares Villegas

POESÍA ADULTO

PRIMER LUGAR: “Naturaleza muerta”, de Daniela Contreras

SEGUNDO LUGAR: “Al siete de colores le chupo la sangre”, de Emilia Mateluna González

TERCER LUGAR: “Descargando alma”, de Marco Godoy

CUENTO JUVENIL

PRIMER LUGAR: “El peso de la libertad”, de Catalina Cofré

SEGUNDO LUGAR: “Calamidad”, de Joaquín Saldías

Ausencia consagrada

“Y ¿qué la trae por nuestro país, hermana?”, le preguntó el taxista a modo de saludo. Y ella, mientras se acomodaba la pollera en el asiento de atrás, respondió como por rebote: “Vengo a cuidar a mi mamá, que está enferma. Soy chilena. Aquí está mi casa”. Pero era mentira. Aquí nunca estuvo su casa, ni siquiera el día en que la locateli de la Betty Moreno y el esquizofrénico de su padre la tuvieron. Porque ya desde ese día que su presencia en el mundo era un inconveniente, un cacho, la explicación de por qué estos dos enfermos mentales se habían tenido que casar. Y todo siguió igual, o peor, durante su infancia, en que ella lloraba de hambre y se le endurecían los mocos en los pliegues de la nariz, a la vez que su madre se maquillaba y le sacaba celos a su marido, que de vuelta le respondía sacándole la cresta. Era un milagro que la Bernardita hubiera sobrevivido, que no hubiera muerto de inanición o descuido. Aunque quizás no. Quizás hubiera sido mejor morirse de una, ahorrarse la lucha interminable que había sido siempre su existencia.

El taxista quiso meterle más conversa, pero ella no enganchó. No era monja, como él pensaba, sino que consagrada del Milites Christi, una congregación religiosa a la que había jurado castidad, obediencia y la obligación de vivir en comunidad, con otras consagradas. O sea, básicamente era una monja, pero trabajaba y vestía de civil —pese a que ninguna mujer con el más mínimo sentido de la moda ocuparía jamás las polleras desgastadas de mezcilla o esas blusas de manga tres cuartos que llevaba puestas—. ¿Era feliz? No, feliz nunca había sido en su vida, pero estaba conforme. A los veintiún años tomó la decisión de dedicarle su vida a Dios y nunca miró para atrás. Hasta que el Vaticano, por el tema de los escándalos, decidió formar una comisión investigadora y ver qué hacer con la congregación. Y, después de años de trabajo, concluyó que había que clausurar, al menos temporalmente, los seminarios y las casas de consagradas, hasta que, en palabras de ellos, “se reestructurará desde las bases la fibra moral del Milites Christi”. Y la casa cerró, y sus compañeras comenzaron a renunciar a sus votos, ofendidas, y el colegio en que trabajaba se empezó a vaciar, porque quién iba a mandar a sus niños a educarse con esos curas degenerados y esas religiosas encubridoras. Y ahí, por primera vez, la Bernardita se cuestionó seriamente si debía volver. Y cuando le pagaron su sueldo, el primero que le transferían directamente a ella, y no a la casa, se compró un pasaje a Chile.

Cinco años antes de que eso ocurriera su madre se cayó. Se fracturó el pie, una cosa poca, máximo un mes con yeso, pero el doctor decidió hacerle un chequeo general. Chequeo que arrojó que tenía síntomas de Alzheimer. Su prima le había escrito para comunicarle la situación y la Bernardita no sabía bien qué hacer. Los escándalos ya se sabían, el Milites Christi ya estaba desprestigiado, sin embargo el Vaticano aún no daba su veredicto, por ende la casa seguía abierta y, como instruía el fundador de la orden, antes de tomar cualquier decisión los consagrados debían consultar primero con su asesor espiritual. Así que hizo eso. Y Ofelia, que era la encargada de la casa, ergo la asesora espiritual de todos quienes vivían en ella, le dijo que podían enviar una porción de su sueldo para pagar los cuidados de los que su madre requiriera, y que la casa podía costearle una visita a Santiago, para verla durante la pascua. Eso además de acompañarla mediante la oración, obviamente. Lo único, eso sí, es que ella no se podía ir indefinidamente para cuidarla. “Lo siento, Bernardita, yo sé que madre hay una sola, pero te necesitamos tantito aquí en la casa, también los niños en la escuela, y como sabes nuestro movimiento vive una crisis muy profunda. No nos podemos dar el lujo de perder a alguien tan valioso como tú”. Y ella, con la cabeza gacha, asintió. No quería que Ofelia la viera sonreír, sonreír porque estaba obligada a regresar. A no tener que vivir en Chile nunca más.

“Tú entiendes que me cagaste la vida. Que por culpa tuya me tuve que casar con el loco de patio de tu papá, que no le bastó con pegarme todo lo que quiso, sino que tuvo que ir y matar a Fermín, que era el amor de mi vida. Y todo ¿para qué? Para tener una hija que no me ha dado ninguna felicidad, ninguna, que se mandó a cambiar a la punta del cerro apenas pudo, que no fue capaz de parir un nieto que me alegrará la vejez, que, en el fondo, es egoísta y narcisa, mucho más de lo que yo jamás he sido”. Eso le gritaba su madre, enfurecida, mientras la Bernardita recogía las pastillas para la artrosis que, accidentalmente, había arrojado al suelo después de retirarle la bandeja del desayuno. Y cuando ya había recogido la última pastilla, sin decirle nada, la miró. Miró directamente a los ojos a la Betty, analizó a cabalidad su rostro simétrico, aún bello pese a la edad. La miró y se fue, se retiró a su pieza en donde abrió el computador y reprogramó su vuelo de vuelta para el D. F., adelantando la fecha. Días más tarde, para la

por Ignacio Kalau von Hofe

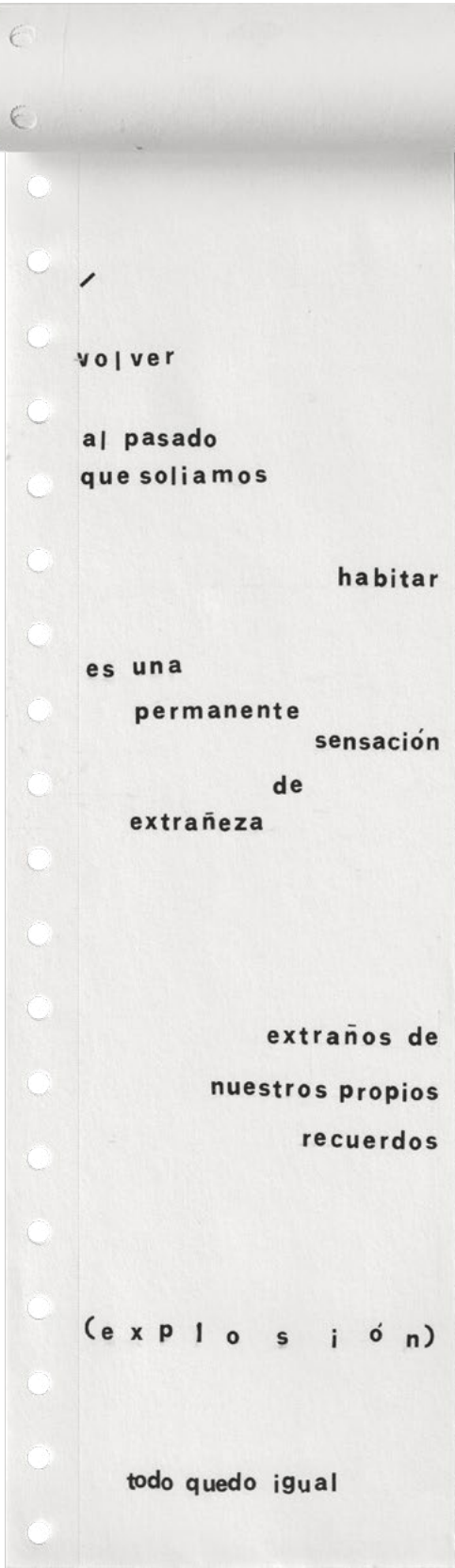
pascua misma, sentada frente a Ofelia, solas en el comedor de la casa —todas las demás consagradas estaban pasando las fiestas con sus familias—, esta le comentó: “Ojalá el Señor interceda por el Milites Christi, y nuestra comunidad pueda ver muchas navidades venideras”. Y la Bernardita, distraída, le respondió que sí, que toda la razón, que las obras que hacía la orden eran importantísimas, irremplazables. “Sí mija, eso... y además, si esto se acaba, en dónde más te vas a esconder”.

El taxista prendió la radio. Hablaban de política. Al tío Fermín le gustaba la política. Le comentaba largamente a la Betty sus impresiones sobre ella, sus análisis y las proyecciones que él veía posibles que ocurrieran. Ella lo escuchaba, absorta, no porque le interesara el tema, sino porque necesitaba que él se sintiera querido, amado, ya que era su único ticket de salida. El tío Fermín era un penalista exitoso, famoso incluso, y originalmente su madre lo fue a ver para consultarle sobre qué hacer. Estaba toda moretoneada, acababa de salir de la clínica después de que su marido, en un ataque de celos, la arrojara escaleras abajo, y francamente tenía miedo a que este la terminara matando. Él, conmovido, procuró ayudarla, *pro bono*. Y la relación no tardó en evolucionar de la conmoción a la pasión, y él abandonó a su mujer y sus hijos y se instaló con la Betty, en concubinato. Y en ese nido del amor impío se crio la Bernardita. O, en realidad, en el cascarón donde ese amor se desarrolló, porque al poco andar de su relación, cuando aún no terminaban de decorar el departamento, una semana antes de que la Bernardita cumpliera doce años, mientras la bicicleta que el tío Fermín y su madre le tenían de regalo aguardaba escondida en la bodega, su padre lo mató. Lo esperó afuera del Palacio de Tribunales y le disparó, a quemarropa.

Lo que sucedió en la vida de la Bernardita luego del asesinato del tío Fermín solo se puede resumir en una palabra: caos. Juicios, visitas a su padre en la cárcel, depresiones y actitudes erráticas de parte de la Betty, y ella sola, desvalida, roja de vergüenza antes de entrar a clases y escuchar al profesor mencionar su nombre cuando pasaba la lista. “¿No es esa la hija del tipo que mató al amante de la mamá?”. Y llegar después del colegio al departamento con hambre, con la misma hambre que sentía desde que tenía memoria, para encontrarse con una nota en la despensa que decía: “Me fui. No hay nada. Anda a comer donde tus tíos”, y tener que

aguantar, aguantar hasta más no poder, y partir. Y que le sirvieran un plato recalentado, de porotos o lentejas, de esos que sus primos no se comían sin pelea, y devorarlo. Y mientras tomaba un vaso de agua, uno que le ayudara a bajar el garbanzo o el grano de arroz que tuviera atorado en la garganta, escuchaba a su tía, en la cocina, discutiendo con su tío. Que su hermana se pasaba, era una desubicada, que esta casa no era restorán, que para la próxima no le daría nada, que lo sentía en el alma, pero la Betty tenía que aprender a no abusar. Y en esos momentos ella, la Bernardita, solo pensaba en una cosa: en irse. Y cuando, ya en la universidad, vio ese afiche del Milites Christi que invitaba a los jóvenes católicos a sumarse al movimiento, encontró la oportunidad.

El taxi se estacionó frente al edificio. Era de esos típicos edificios antiguos de Providencia de cuatro pisos, de esos que antes eran tan comunes, pero de los que ahora quedan en pie tan pocos ejemplares. La Bernardita se imaginó lo que tenía que hacer: debía bajarse, acarrear sus bolsos, saludar al conserje, meter la llave en la chapa y enfrentarse a su madre. Pensó en hacer todo eso, pero no lo hizo. En vez, le dijo al chofer: “Parece que me equivoqué de dirección, disculpe. Le indico mejor dónde tenemos que ir”.



↑
Parte de la exposición
Relatos pasajeros (2020-2024).



VISÍTANOS EN
WWW. EDITORIALAPARTE.CL





Editorial Cuarto Propio

Síguenos en...

 @editorialcuartopropio

 @cuartopropio

 /editorialcuartopropio



EL SUAVE
ROCE DE
UN ALA
CARMEN FULLE
EDITORIAL CUARTO PROPIO



MEMORIAS
DE UNA LADRONA
Gina Aguad
EDITORIAL CUARTO PROPIO CUENTOS



CLAUDIA MARTÍNEZ
COVARRUBIAS
ECOS
DE UN DUELO
EDITORIAL CUARTO PROPIO



INIVA MOORE
ERRABUNDA
EDITORIAL CUARTO PROPIO

Visítanos en www.cuartopropio.com

Solo aquí hablo el idioma, solo aquí sé leer,
solo aquí sé cómo reír y llorar y ganar plata.
Solo aquí soy todo menos una extraña.